

MIGUEL ROJAS MIX

«América, no invoco tu nombre en vano». La idea de la América Latina. De Neruda a la geopolítica contemporánea

En el *Canto general*, la parte VI, «América, no invoco tu nombre en vano», es una declaración de amor por Nuestra América. La América de antes y después «de la peluca y la casaca, de ríos arteriales y de cordilleras donde el cóndor y la nieve parecían inmóviles». Pero también la América de la United Fruit y la Anaconda Copper Mining. La América de naturaleza libre y la sojuzgada por el imperialismo. La América de los hombres, de los mayas que «habían derribado el árbol del conocimiento», y de «las altas soledades de Machu Picchu, puerta del cielo»; la América de los conquistadores, los verdugos y los libertadores; la América de tiranuelos bananeros y dictadores galoneados, pero también la de Tupac Amaru, Toussaint Louverture, Bolívar, Martí, Zapata, el Che y Allende.

En estas líneas quiero hablar de Nuestra América. Recuerdo a Neruda, porque mi amor por ella nació con él. Curiosamente, lejos de Chile, distante de mis tierras, en Alemania descubrí América emergiendo de una edición del *Canto general* impresa en México e iluminada por los muralistas. Diego y Alfaro parecían al poeta que entonces, como muchos chilenos años más tarde, vivía el exilio. Cuando volví a Chile fundé el Centro de Arte y Cultura Latinoamericano y mi primera actividad fue convocar a los artistas a una exposición inspirada en el *Canto general*, *América, no invoco tu nombre en vano*. Con Neruda, entre admiración

y encuentros, llegué a la última vez que lo encontré, una semana antes del golpe en Isla Negra. Me mandó llamar para que colaborara en la preparación de los festejos de sus setenta años a que llegaría en el 74. Ya la enfermedad fatigaba el lecho dispuesto frente al anchuroso ventanal desde donde el vate contemplaba las bravatas del Gran Océano, que de lo menos que tiene es de Pacífico. En él veía reflejarse la vida. Hablaba pausadamente con la quejumbre con que recitaba sus poemas. Yo le respondía mirando las tantas cosas que lo rodeaban y que hacían de su casa otro cantar: objetos cotidianos por los que se deslizaban sus versos. Años más tarde, en su memoria, los fotografié y compuse *Las cosas de Neruda*, convencido de que él era un poeta visual. Neruda encendió en mí el fuego americano, una llama viva que ha serpenteado entre la naturaleza, la historia y la política. Y me apetece recorrer la historia apoyándome en sus metáforas poéticas –hasta donde la recorrimos juntos–, para luego seguir hasta el hoy, por mi cuenta, en las soledades de la prosa severa

*Antes de la peluca y la casaca
fueron los ríos, ríos arteriales.*

Son los versos iniciales del *Canto general*: «Amor a América». Solo en la lectura profunda y extendida del *Canto general* se alcanza el sentido de estas estrofas, que nos anuncian un peregrinar desde la América germinal hasta la América del día de ayer, recorrida por la historia y configurada por diversas imágenes e ideas.

Hablaré sobre ellas, sobre las representaciones esenciales que componen la idea de la América Latina y su replanteamiento en el marco del actual discurso de integración.

La idea de América siempre estuvo vinculada a la integración. Y cuando digo América, estoy distante de referirme a los Estados Unidos, hablo de Nuestra América, así nombrada por Martí o de la América Latina como la precisó Bilbao. Esa idea persistente desde que se abrió paso con la Independencia, llevada de la mano por Bolívar y otros próceres y pensadores, es la que ahora quiero presentar en su actualidad.

Tres ideas estelares configuraron la imagen de la América Latina: la unión, el telurismo, la latinidad. De las combinaciones posibles de estas tres ideas han salido discursos filosóficos, programas políticos, proyectos de integración y teorías literarias.

Unión

La idea de unión la dio Bolívar, la fundaba en la lengua. La América bolivariana se definió en primer lugar frente a España. Rechazaba la conquista y la colonización como épocas de barbarie y tiranía. Del pasado español guardaba solo la lengua, para que sirviera de base a la unión de los «americanos», por eso llamó al Continente Hispanoamérica. La veía como una comunidad cultural formada por las antiguas colonias españolas, animadas ahora de una idea nacional y una solidaridad política continental para hacer frente a los enemigos comunes. La identidad habitual era la de «americano» y, cuando Bolívar reflexiona sobre ella, la define como una especie media entre el indio y el europeo. Una ambigüedad más que un mestizaje, la preocupación de una clase, el criollo blanco. El pueblo –dice en el discurso de Angostura– es un compuesto de África y América que carece de preocupaciones continentales y encuentra su filiación en entidades mucho más restringidas: la familia, la tribu, cuando no en la hacienda y en la «familia del amo». «Americano» en el lenguaje de Bolívar es un «nosotros». «Nosotros [...] no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho [...]». «Nuestro pueblo», en cambio, es más amplio, es un «compuesto de razas».

Enemigo de la esclavitud, partidario de la república plurirracial, Bolívar no teme menos a lo que llama «democracia absoluta». Los ejemplos históricos conocidos han fracasado –agrega– a causa de la extrema debilidad de este tipo de gobierno. En general los criollos se sentían más atraídos por Montesquieu que por Rousseau. Lo prefieren porque no ven en su modelo de gobierno el peligro de sublevación popular que podían acarrear las ideas del ginebrino.

Proyectos de unidad continental surgieron en todas partes donde se liberaban las colonias, y son anteriores a Bolívar. Ya en el *Catecismo político cristiano* (1810)¹ se lee «[...] que las colonias españolas formen una confederación de Estados para rechazar la dominación española». El cura Miguel Hidalgo (1753-1811) se dio el título de «generalísimo de las Américas» y en la *Historia de la Revolución de Nueva España*, fray Servando Teresa de Mier subraya la necesidad de unión, «porque unidos, España es un enemigo insignificante».

En realidad, aun si los proyectos son anteriores, fue Bolívar quien asoció unidad con cultura y, en particular, con la lengua. Bolívar se inscribe así en el fundamental problema de la identidad.

«Padre Nuestro que estás en la Tierra [...] hacia la esperanza nos conduce tu sombra», concluye Neruda sobre Bolívar.

«Nuestra América» de Martí es más una unión social y plurirracial. «Nuestra América mestiza». El mestizaje es un «nosotros» construido por la historia. Es un fenómeno histórico y no racial. Ese nosotros es también un futuro, un futuro que tenemos que crear y del cual somos responsables, por eso tiene como base la idea de progreso y se apoya en la clase trabajadora. Esa es la dimensión social, la «América trabajadora», otro de los nombres que da al Continente. Nuestra América es a la vez una identidad y una idea de unidad. «Una identidad tácita de nuestros pueblos que van como uno en lo esencial [...]», una visión de pasado y una premonición de futuro. Ambos asociados en el rechazo al colonialismo y al imperialismo, estribado en la independencia económica. Claramente lo afirma el cubano: «Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo, el que quiere salvarse vende a más de uno».

¹ Uno o dos meses antes de la convocatoria al Cabildo Abierto del 18 de septiembre de 1810, circuló en Santiago un manuscrito titulado *Catecismo Político Cristiano* dispuesto para la instrucción de los pueblos de la América meridional, cuyo autor anónimo utilizó el seudónimo de José Amor de la Patria.

Nuestra América se opone igualmente a la noción de raza. Para Martí el nuevo americano es un bastardo de todas las razas. «América ha de salvarse con sus indios». Pero sobre todo, el americano es el pueblo, los oprimidos. «Con los oprimidos» –nos dice– había que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores». Y casi simultáneamente escribe estos versos:

*Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar.*

Telurismo

La idea telúrica de unión la puso el indigenismo. Sobre la influencia de la tierra en los habitantes, la cultura y la creación se pronunciaron varias formas de indigenismo. El indigenismo mexicano –con los muralistas a la cabeza– revisó la historia y puso como centro de ella al indio y al mestizo. Reivindicó la dignidad de las antiguas culturas y propuso un futuro en la raza cósmica. La Revolución Mexicana es indigenista fundamentalmente por ser campesina. Plantea el problema de la tierra y el indio, por el simple hecho de centrar sus exigencias, en particular con Zapata en el sur, en la reforma agraria.

En el Perú lo telúrico se encontró en «el alto Cuzco coronado» y «en el asombro dorado de la alta ciudad de piedras escalares», Machu Picchu, como la figura Neruda en el *Canto general*. Manuel González Prada rompió con la idea racista de que había que regenerar al indio y planteó en términos reales la «cuestión indígena». Advirtió que el problema del indio era el problema de la tierra y debía restituirse. La recuperación de la tierra le devolverá sus estructuras sociales y su prestigio: «La cuestión del indio más que pedagógica es económica, es social» («Nuestros Indios», 1904).

El «problema indio» recorre toda la historia. Por una parte, porque es el testimonio de la tragedia de un pueblo que no logra sobreponerse al trauma cultural representado por la Conquista. Por otra, porque da fe del lento camino hecho por el componente hispánico para superar sus prejuicios. La alternativa histórica consistió

en no aceptarlo. Y, a menudo, la solución que el criollo blanco vio como la más simple fue la de una nueva destrucción. Tal fue la solución de Sarmiento: «Solo con el indigenismo podemos hablar de Indoamérica».

En los Andes del Tahuantisuyo el indoamericanismo nace asociado a la nostalgia del Imperio inca. Desde el principio se define, más que peruano, como andinismo o indoamericanismo. El indigenismo andino nace de la refutación de que el indio «era inapto para la civilización». ¿Cómo explicar, si así fuera, la civilización inca? Allí se inicia la reivindicación del indio y el incario. «El problema indígena lo resolverá el indio» (Luis Valcárcel: *El problema indígena*). Y todos coinciden, aunque con matices, que no se trata de regenerar al indio, sino de regenerar al Perú, al mundo andino. La noción de regenerar al indio hacía de esto una tarea de la cultura dominante, la de regenerar al Perú una tarea de indios. Solamente el indio podía reconstituir el *inkario*.

Luis Valcárcel –fundador de la Escuela Cuzqueña– creía en un movimiento que él llamaba «andinista» y comprendía la masa de diez millones de indios del Perú, Bolivia y la Argentina. Este pueblo iba a regenerar el Imperio inca, profetiza Valcárcel en *Tempestad en los Andes* (1927). La sierra es la nacionalidad de un ser formado por el maridaje de la naturaleza y la cultura. De ahí su andinismo, expresión de un «lenguaje telúrico»: vuelta a la tierra y a la fuerza primitiva. La cultura bajará otra vez de los Andes.

Contemporáneo de Valcárcel en las concepciones telúricas fue el boliviano Franz Tamayo (1879-1956). Compartía con Ricardo Rojas la convicción profunda de que la fuerza de la tierra crea un «genius loci». Tamayo vincula su indigenismo con la tierra: un lazo físico y espiritual; de ahí su telurismo definitorio de su americanía. También neomundista, porque considera lo telúrico una fuerza, una influencia formadora de todo lo americano contemporáneo (*La creación de la pedagogía nacional*, La Paz, 1910).

Mariátegui está convencido de que el mito forjador del indio nuevo será el socialismo. Pero ese mito, esperanza revolucionaria de los pueblos, es el mismo para todas las razas dominadas, hindúes, chinos, y otros. La reivindicación indígena carecerá de concreción históri-

ca mientras se mantenga en el plano puramente filosófico y cultural. Para convertirse en realidad debe transformarse en proyecto económico y político. El indigenismo de Mariátegui nace de la observación de la realidad económica y social del Perú y de América. Es un proyecto revolucionario, contra el régimen feudal y capitalista, cuyos protagonistas serán los indios aliados con el proletariado. Atribuye un valor fundamental al sindicato. Es en él donde la conciencia de clase borra las fronteras de la raza, y une en la condición de proletario al indio, al negro y al campesino blanco. Inevitablemente la constitución de un Estado autónomo de la raza india que no conduzca a la dictadura del proletariado llevará a la constitución de un Estado indio burgués, con todas las contradicciones internas y externas que esos Estados puedan tener. Considera al indigenismo maximalista que quiere negar a Europa y volver a los ritos incaicos, un absurdo. Un nacionalismo a ultranza que peca por racismo al revés. Ya en el prólogo a los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) aducía «que no hay salvación para Indo América sin la ciencia y el pensamiento europeos y occidentales».

Haya de la Torre advertía que el movimiento político social del aprismo en el Perú comportaba no solo una teoría económica y un frente político, sino un programa cultural y una obra, ya en marcha, hacia el robustecimiento de los propios valores sociales, económicos y culturales peculiares de Indoamérica. Por eso trasciende de lo estrechamente nacional para fundar un «nacionalismo continental». En el pasado, razona, las razas se han fundido en el crisol de la tierra, en el futuro deben integrarse y reconstituirse. Ahí es donde aparece el papel del APRA: debe ser unificador. Cada elemento traerá su valor. El indio aportará su sensibilidad telúrica, el europeo su habilidad técnica y política, el negro su capacidad estética y su erotismo. Haya de la Torre retorna en *Espacio-tiempo-histórico* (1948), a la idea de pueblo continente, desarrollándolo aún más sobre el cañamazo de las ideas de Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* (1913). Echa mano de tópicos y símbolos del pasado andino: el cóndor de Chavín será el símbolo del partido; la supuesta bandera del Tahuantisuyo, hecha con los colores del arco iris, flameará en sus

manifestaciones. En la clandestinidad, Haya toma el nombre de guerra de Pachacutec y su refugio lo denomina Incahuasi. Pese a ello, el indio no es el protagonista del programa del APRA, ni quien tiene o debe tener la iniciativa de la historia. Nuevamente es una comparsa en un programa que pretende «redimirlo», respetando sus peculiaridades. Los símbolos son manipulados para crear un mesianismo que movilice al indio en favor del programa de Haya; es decir, en favor de la creación de una burguesía.

La indianidad nace a mediados del siglo xx: con la formación de movimientos indígenas y tiene su precursor en la obra del escritor y antropólogo José María Arguedas. La indianidad es un rechazo a la asimilación. Tanto a la que implica el mestizaje cuanto a la idea de integración nacional, o social. Nacen los primeros movimientos de la indianidad a fines de los años 60. Su implantación es a menudo limitada y su base social escasa, lo que hace que se escinda con facilidad. En Bolivia, alrededor de 1970, se funda el movimiento *kataris-ta*.

Con la reunión de Barbados en 1971, el movimiento de la indianidad se inaugura oficialmente. A partir de Barbados se organiza. Su lucha es por un Poder Indio, tanto en el interior de cada país, como a nivel continental. Teniendo, por cierto, en cuenta que las fronteras nacionales no coinciden con el ámbito territorial de las comunidades.

Desde los primeros momentos, la indianidad fija sus objetivos:

- 1) Rechazo de Occidente, de marxistas y cristianos por igual.
- 2) Rechazo a encuadrar la lucha en el marco de los partidos políticos existentes. El enfrentamiento con Occidente es esencialmente cultural.
- 3) Afirmación de la unidad de la civilización india. De panindianismo habla Bonfil Batalla («Identidad étnica y movimientos indios en América latina»). Lo común de las seis grandes unidades indias serían las estructuras sociales: sistema de parentesco, estructura asociativa, extensión de la idea social al mundo de la naturaleza, entre otras. (Antonio Antileo Reiman: «Las comunidades indígenas actuales»).

4) Finalmente, sus reivindicaciones principales son: defensa de la lengua, de la tradición, revisión de la historia, autogestión.

Las posiciones más radicales son las de Fausto Reinaga. Considerado por muchos (por sí mismo, en primer lugar) el fundador de la indianidad, afirma que la meta del indio es el Poder Indio. Dice Reinaga: «El Occidente ha sido cruel conmigo. Pero no me ha vencido» (*Indianidad*, Ediciones Partido Indio de Bolivia, La Paz, 1978). Cree firmemente que, el día en que se una el pensamiento amáutico con el ejército y el indio, desaparecerán de la tierra el odio, el hambre y la guerra... Uno de sus imperativos es la defensa de los ríos, los mares y los bosques, de los Poderes Telúricos, afirmando que «la ecología antes que ciencia es una religión». Con cajas destempladas despide, por igual, a marxistas y cristianos: Cristo es odio, Marx es odio... Cristo mata al indio, Marx mata al indio. Hay que sacarlo de la cabeza del indio... Su ruptura con las izquierdas es total, porque han reducido al indio a «una clase», y concluye: «el enemigo, el verdugo del indio es Cristo, es Marx y es el Che». No faltan quienes estiman que su discurso es un disparate o simplemente lo califican de «racista».

El gran problema de todos estos movimientos es resolver el conflicto entre identidad y modernidad. En particular si se piensa que toda modernización altera la identidad.

Hay en la indianidad una actitud semejante a la negritud. La idea del Poder Indio está directamente inspirada en el Black Power. Como la negritud, busca una revalorización de la historia y de los valores de la cultura original. En Reinaga se trata de un Estado indio, que coincide con un fuerte nacionalismo boliviano y no vacila en apoyarse en las Fuerzas Armadas bolivianas.

Latinidad

Se repite constantemente que la idea de la América Latina la inventaron los franceses. Los errores son pertinaces.

¡No, no fueron los franceses!

Fue Francisco Bilbao «con su frente de pequeño planeta tumultuoso» (como lo ve Neruda) quien invocó primero el nombre de la América Latina. El filósofo chileno habla de la América Latina en una conferencia dada en París el 24 de junio de 1856 que se conoce con el título de *Iniciativa de la América*. Utiliza allí el gentilicio «latinoamericano» y, en separados escritos, apunta «raza latinoamericana». Tres meses después, el 26 de septiembre, José María Torres Caicedo, también en París, escribe *Las dos Américas*:

*La raza de América latina
al frente tiene la sajona raza.*

Pese a que no han faltado los profesores que han enviado sus doctorandos a rastrojar en revistas y documentación francesas para encontrar una cita del nombre anterior al discurso de Bilbao, hasta ahora no la han descubierto. Pero los errores son pertinaces. Todavía en su última edición del *Diccionario de dudas y dificultades para la lengua española*, Manuel Seco repite que los términos *Latinoamérica*, *América latina* y *latinoamericano* fueron creados en Francia en 1860 «y utilizados para arropar la política imperialista de Napoleón III en su intervención en México. Fueron rápidamente adoptados por escritores hispanoamericanos residentes en Francia».

Bilbao no solo antecede a otros pensadores en la utilización de la expresión, también es precursor de la significación que va a adquirir más tarde, en el lenguaje de las izquierdas latinoamericanas. Acuña el concepto en el marco de un pensamiento anticolonialista, antimperialista y de un proyecto de sociedad socialista. Concibe la América Latina como una unión antimperialista. Su discurso comienza con la crítica de los aspectos colonizadores e imperialistas de las nociones de progreso y civilización. En su carta a Miguel Luis Amunátegui, de octubre 28 de 1861, discute la doctrina vulgar del «progreso» un sofisma –asegura– que hace desaparecer bienes, pueblos y verdades, y retroceder la dignidad, la fraternidad y la prosperidad de las naciones. ¿Qué quiere decir? Anticipándose siglo y medio al actual debate civilizatorio, denuncia la noción de progreso en términos de lo que hoy llamaría-

mos conflicto de civilizaciones. Bilbao descubre la falacia de la civilización cuando los franceses invaden México. Desautoriza la noción humanitaria y pacifista de progreso porque, asociada a la idea de civilización, en vez de irradiar virtudes, solo servía para sojuzgar otros pueblos. La misma falacia advierte en los procedimientos imperialistas de Francia y de los Estados Unidos que en la política clasista y racista de Sarmiento en la Argentina. En *La América en peligro* (1863) asocia: «El conservador se llama progresista [...] y el *civilizado* pide la exterminación de los indios y de los gauchos». *La América en peligro* y *El Evangelio americano* (1864) fueron escritos justamente después de producirse la invasión francesa. *El Evangelio...* muestra a América nuevamente amenazada de ser conquistada por Europa. Frente a esta contingencia es preciso salvar «la civilización americana» de la «invasión bárbara de Europa». La violencia y la arbitrariedad, el imperialismo y el afán de conquista han cambiado los términos. La civilización se hace barbarie cuando no se rige por el derecho. El progreso es, así, un arma de doble filo. Todo depende del lado del que disparan los cañones.

Bilbao se enfrenta a Sarmiento en su artículo «Los araucanos». Rechaza la política de exterminio del indio y propone incorporarlos mediante un proceso de integración, que preserve su identidad, y en el cual sea guiado por el ejemplo moral y por la educación. Es todavía el indianismo humanitario del siglo XIX, pero se opone radicalmente a la visión genocida del proyecto de sociedad del argentino.

Los cargos que hace a la política imperialista de Francia lo conducen por igual a desnudar la ideología del panlatinismo, legitimación del expansionismo francés:

¡Atrás la Francia imperial, personificación de la hipocresía y de la perfidia: hipócrita, pues se llama protectora de la raza latina para someterla a su régimen de explotación; pérfida, pues habla de libertad y nacionalidad, cuando, incapaz de libertad, conquista para esclavizar!

Rechaza el antagonismo con el temperamento sajón que afirmaba el panlatinismo. Y, a pesar de haber

denunciado apasionadamente en su momento la intervención en Nicaragua, en *La América en peligro*, de 1863, y *El Evangelio americano*, del año siguiente, verá incluso la salvación en una alianza de la América del Norte con la América del Sur.

La combinación de los genios sajón americano y américo europeo debería además formar la síntesis de la civilización americana, que habría de regenerar el Viejo Mundo y dar a América el predominio de la civilización.

Para un Bilbao profundamente herido por Bonaparte y sus zuavos, «la civilización hoy es América y República».

Antes, en *Iniciativa de la América* (1856), había denunciado la política imperialista de los Estados Unidos en el Sur, que acababan de anexar la mitad del territorio de México, e intentaban imponer su modo de vida, el individualismo. Y, de paso, critica el paneslavismo que aspiraba a extender la servidumbre rusa. Vemos imperios que pretenden renovar la vieja idea de dominación del globo. El imperio ruso y los Estados Unidos, potencias ambas colocadas en las extremidades geográficas, así como lo están en las extremidades de la política, aspiran, el uno por extender la servidumbre rusa con la máscara del paneslavismo, y el otro, la dominación del individualismo yanqui. Rusia está muy lejos, los Estados Unidos están cerca. Rusia retira sus garras para esperar en la asechanza; pero los Estados Unidos las extienden cada día en esa partida de caza que han emprendido contra el Sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas de la boa magnetizadora, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Texas, después el norte de México y el Pacífico, saludan a un nuevo amo.

Asume Bilbao una posición antimperialista dentro del contexto de su época, donde el imperialismo se expresaba en bloques culturales que se empeñaban en enfatizar la misión de una raza o un pueblo, simplemente para consolidar la hegemonía de una nación. A ese imperialismo le aplica el epíteto de «barbarie»: Rusia, «la barbarie absolutista», los Estados Unidos, «la barbarie demagó-

gica». Y, justamente, para oponerse a los Estados Unidos, evoca una entidad común, la «raza latinoamericana», que hará la segunda independencia, la de la unidad de la América del Sur.

Habla de una América compuesta de tres partes, latina, sajona e indígena; pero Bilbao únicamente se refiere a la unión de América latina, al sur del Río Grande. Esa unión que constituye las fronteras naturales y morales de la patria, porque «la unión es el verdadero patriotismo de los americanos del Sur»; y porque esta unión debe ser un vínculo solidario que domine el nacionalismo estrecho. Esta unión, bajo la forma de una confederación del Sur, regada por el Amazonas y el Plata y sombreada por los Andes, es el cuadro de la identidad americana y latina, que ha de perpetuar la raza y permitir la creación de la gran nación americana.

Solo esta unión de los Estados de América del Sur podrá detener el imperialismo de los Estados Unidos del Norte, que «cree en su imperio como Roma creyó en el suyo». Solo la unión podrá defender la libertad, el sistema republicano y la democracia. Para salvarse, la unión es necesaria, porque permitirá a América latina tomar la iniciativa histórica.

El latinoamericanismo de Bilbao, puesto que de latinoamericanismo se trata, se concreta en una serie de proposiciones: formar un congreso americano, conceder la ciudadanía universal, un código internacional, un pacto de alianza federal y comercial, la abolición de las aduanas, uniformizar el sistema de pesos y medidas, creación de un tribunal internacional, un sistema de colonización de las grandes áreas desiertas, de educación universal y de civilización para los bárbaros, la formación del libro americano y la creación de una universidad, de un diario y de fuerzas armadas comunes...

El de Bilbao es un discurso idealista, de ideas abstractas, de grandes principios. La oligarquía lo teme, lo destierra y trata de acallararlo. La idea de «disminuir la pobreza» aterraba a los conservadores. Nadie iba más lejos en sus enunciados en esa época. Bilbao es el precursor de la noción moderna de la América Latina. Una América que, más que por la lengua, se define por el sentimiento anticolonial y antimperialista. Una idea, que,

pese a haber sido difundida al calor de la intervención francesa en México, ha sido retenida por los latinoamericanos, por ese otro sentido del término, detener el avance del imperialismo usamericano en «Nuestra América».

Durante el siglo xx, y especialmente durante la Guerra Fría, el esfuerzo por «detener al imperialismo» con el Che, Allende, Cortázar, Neruda y muchos otros políticos, intelectuales y militantes, ancoró en la izquierda la idea de la América Latina. Los dictadores, por su complicidad con las políticas usamericanas, se sentían más cómodos con el término Pan América para referirse al Continente, o el de las derechas católico-conservadoras: Hispanoamérica.

El siglo xxi se inicia con un cambio geopolítico de extensión planetaria. La hegemonía se ha hecho unipolar, concentrándose en una potencia imperial e imperiosa. Desaparecido el comunismo como amenaza tóxica de la democracia, los Estados Unidos han tenido que descubrir un nuevo enemigo que, poniendo en peligro la seguridad del pueblo estadounidense, justifique las políticas más agresivas de sus gobernantes. Con la posguerra fría el enfrentamiento «mundo libre/comunismo» fue reemplazado por el de «civilización/terrorismo». Políticos y sociólogos, sin olvidar los grandes empresarios, han atizado la guerra de civilizaciones, lo que, so capa de luchar contra el terrorismo, les permite extender sus intereses económicos y usar el miedo de la sociedad civil para mantener su base electoral.

El tema del *Clash of Civilizations* relanzado por un artículo de Samuel P. Huntington publicado en 1993, solo adquirió verdadero sentido el 11-S de 2001 con el atentado que destruyó las Torres Gemelas. Pero el tema es viejo como la historia. Remonta a la época en que los griegos crearon la antinomia «civilización contra barbarie» para explicar las Guerra Médicas, continuó con Tarik, Carlo Magno, El Cid, las Cruzadas y los colonialismos de los siglos xix y xx. Y recientemente –en el siglo xxi– entre los Estados Unidos de Bush y sus aliados contra las «fuerzas del mal», Bin Laden, y Al-Qaeda, Saddam Hussein...

Desde el 11-S el tema está asociado a una guerra terrorista sin cuartel que el fundamentalista islámico

habría lanzado contra Occidente. Es la *yihad*. El hundimiento del mundo socialista y la incertidumbre ideológica que acarreó, produjo el renacimiento de la ortodoxia en el mundo eslavo y un renacimiento islámico en el Asia Central. Se volvió a las religiones tradicionales y en todas ellas surgieron movimientos fundamentalistas. Las religiones se han convertido en elemento nuclear de identidad cultural, especialmente en sociedades en crisis de identidad nacional, y han cobrado decisiva relevancia política, sobre todo en el marco del conflicto de civilizaciones.

En este resurgir religioso hay también una religión que quiere pasar desapercibida o aparecer como si no lo fuera, pero que lo es y en grado sumo: la religión del mercado que profesa el neoconservadurismo o el neoliberalismo. De este neoliberalismo que en realidad es neoconservadurismo ha hecho doctrina, por una parte, Milton Friedman, cuyo proyecto queda explícito en *Capitalism and Freedom*, y Samuel P. Huntington, de cuya capacidad de influir políticamente da cuenta el hecho de que su insidioso informe de 1974 para la Comisión Trilateral, *La ingobernabilidad de las democracias*, sea hoy doctrina y esté en el origen teórico e histórico del neoliberalismo económico. Ambos textos, seguidos de algunos complementarios como *El fin de la historia* de Fukuyama, o las tesis geopolíticas de Zygnieb Brzezinski suministraron la munición ideológica de la doctrina neoliberal. Básicamente Huntington considera que «nosotros» (los Estados Unidos) somos los civilizados y ellos –sea quienes fueren esos ellos, los musulmanes hoy; los hispanos mañana– son bárbaros. Con lo que el «choque de civilizaciones» en un mundo inevitablemente cada vez más intercultural está servido. Tampoco extraña que en su libro *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, extienda este choque a la emigración, en particular a los hispanos en los Estados Unidos.

En la América Latina los pueblos se han levantado contra esta religión del mercado y entre ellos se ha producido una verdadera alianza de civilizaciones, donde antiguas culturas renacen a la vida pública reivindicando junto a los sectores más desfavorecidos mejores condiciones de existencia. Los antiguos discursos de

identidad reviven con ropajes nuevos y en proyectos políticos de integración que buscan la autonomía continental, la cancelación del colonialismo y el desarrollo de la región. Bolívarismo, latinoamericanismo e indigenismo andino se unen para recuperar el posesivo de Martí y hacer que América sea verdaderamente nuestra. Dos experiencias son particularmente interesantes: el neobolivarismo en Venezuela y el indigenismo andino en Bolivia.

Hay una importante renovación del esquema político en curso en la América Latina, con un claro crecimiento de la izquierda pero con frentes variados. Se gesta de un hecho claro, el mayoritario rechazo al imperialismo. Conviven dos proyectos y dos tipos de regímenes que se autodenominan de izquierdas: los de Lula, Kirchner, Tabaré y Bachelet que son democracias de forma y de fondo neoliberal, y un modelo que podríamos llamar populismo revolucionario indigenista, en clara ruptura con los Estados Unidos. Cuba, Venezuela y Bolivia forman este frente. El Proyecto Chávez apunta a crear la Comunidad Suramericana de Naciones, apoyándose en la revolución indígena de Bolivia, en la orientación política que mantiene Correa en Ecuador y, eventualmente, en Perú –pese a que Ollanta Humala perdió las elecciones–. El radicalismo de Chávez impacta asimismo en Nicaragua, luego que Ortega ganara las elecciones y presumiblemente atrae a Paraguay después del triunfo presidencial de Fernando Lugo y Alianza Patriótica para el Cambio. Con otro estilo, Chávez ha conseguido por primera vez después de Salvador Allende unir los extremos moderados y radicales de la izquierda continental. La diferencia es que el «antimperialismo» de la izquierda radical de antaño ha dado paso a un consenso sobre la necesidad de un modelo autónomo de desarrollo. Superadas las décadas de dictadura militar, se ha reencontrado la democracia, pero la brecha que separa a los más ricos de los más pobres hace que las sociedades de la América Latina sean de las más desiguales del mundo. El que no se haya reducido la pobreza y se agraven las desigualdades sociales ha generado malestar social y económico, provocando nuevas formas de protesta que no se encauzan en la institucionalidad democrática tradicio-

nal. La efervescencia política corresponde asimismo a un rechazo del Consenso de Washington, que organizaba la integración de la América Latina, en el marco del proceso de globalización, basada en la liberalización de los mercados y en la privatización. El consenso ha creado mucha riqueza, pero que ha ido a manos de las grandes empresas con gran descontento en los sectores populares. No hay un rechazo categórico a la economía de mercado, pero se trata de organizar un mejor reparto de las ventajas de la globalización. Hoy día la izquierda latinoamericana tiene dos principios como modelo: estabilidad macroeconómica y redistribución de la renta. Y si el «socialismo del siglo XXI» de Chávez se distancia de una izquierda conciliadora con el modelo neoliberal que se integra en el Tratado de Libre Comercio, a la vez no quiere apartarse de ella, razón de su integración en MERCOSUR. En el mundo andino, gran parte de la izquierda que quedó huérfana tras la caída del Muro de Berlín, se vuelca hacia el indigenismo, buscando en él otro camino para lograr sus objetivos revolucionarios. El saber conservador esgrime frente a este fenómeno el que se puede caer en un populismo, que ha dejado una trágica historia en la América Latina, pasando por el PRI, el peronismo y ahora el chavismo (Roger Bartra: «Un zombi político», *El País*, 26 de octubre de 2003). Salvando el hecho de que este es un juicio más dogmático que histórico sobre el populismo, la gran pregunta es: ¿qué otra cosa puede ser una izquierda que ha fragilizado sus fundamentos ideológicos y que se une frente a reivindicaciones puntuales que afectan el día a día de su existencia? Es difícil que sea otra cosa que populista.

El neobolivarismo de Chávez

«Roja será la rosa que recuerde tu paso» escribió Neruda en «Un canto para Bolívar» (*Tercera residencia*). Las cenizas del bolívarismo vuelven a hacer fuego al sople de Chávez. Roja es la senda de Hugo Chávez pues abre un camino inédito al socialismo. Consecuentemente, la Revolución Bolivariana que inicia en Venezuela se ha convertido en surtidor de iniciativas de integración en la América Latina y el Caribe. En casi diez años de

agitado gobierno, Chávez ha llegado a la conclusión de que solo el socialismo –despojado de lastres burocráticos, dogmatismos ideológicos y errores del pasado– puede traer justicia social y derrotar la pobreza. La novedad de Chávez es que da una base económica a la integración. Si para Bolívar el pilar de la unión era la lengua, Chávez ofrece el petróleo como base, y pone el enorme potencial energético de Venezuela a disposición de la integración.

Busca una integración en todos los ámbitos, desde lo económico hasta lo político, respaldándola con la riqueza petrolera y gasífera venezolana. A través de la integración (a cuya disposición pone el enorme potencial energético de Venezuela), el gobierno de Chávez abre un camino inédito. Chávez ha llegado a la conclusión de que solo el socialismo, pero un socialismo moderno, conseguirá traer justicia social y derrotar la pobreza. Sin duda, juega fuerte. Su apuesta, aunque arriesgada –amenazada desde el interior y el exterior–, parece viable y ha tenido ya una importante repercusión. Ha provocado un sorprendente interés en la América Latina por volver a discutir los temas del socialismo a la luz del fracaso y desprestigio del neoliberalismo.

Poco antes de los 80 comenzó a formarse en el ejército venezolano una corriente bolivariana y nacionalista, aunque simbólicamente nació en 1982. A mediados de los 80 el propio Chávez –amante de los símbolos– propuso agregar la letra R, de revolución, a la sigla EB-200 (Ejército Bolivariano 200) –porque en 1983 era el bicentenario del nacimiento de Bolívar–, redelineándolo como movimiento bolivariano revolucionario. «La revolución que perseguíamos era una transformación política, social, económica y cultural inspirada en el planteamiento de Bolívar» (dice Chávez en una entrevista a Manuel Cabieses Donoso, en Caracas, para *Punto Final*). Se configuró ideológicamente en torno a una imagen, el árbol de las tres raíces: la raíz bolivariana con su planteamiento de igualdad y libertad y su visión geopolítica de integración de la América Latina; la raíz zamorana, por Ezequiel Zamora, general del pueblo soberano y de la unidad cívico-militar; y la raíz robinsoniana, por Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, uno de los pocos próceres jacobinos de la independencia

(es decir, que además de creer en la República de Montesquieu creía en la democracia de Rousseau). De Simón Rodríguez las preocupaciones mayores fueron la educación popular, la libertad y la igualdad; murió en Arequipa donde había puesto una fábrica de velas con este cartel: «Luces y virtudes americanas; esto es: velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo».

El planteamiento socialista lo integra el movimiento después del golpe de Estado de abril de 2002. Es entonces cuando se declara antimperialista. El neobolivarismo se comprometió con una idea renovada del socialismo que llamó «socialismo del siglo XXI», con planteamientos adecuados a la nueva era. Chávez propugna un socialismo, adjetivado latinoamericano, como afirmó el 3 de marzo de 2006 en Montevideo: «Estoy convencido de que el camino es el socialismo. Se trata de lograr algo que en gran medida es un desafío, estamos obligados a inventar el socialismo».

El perfil ideológico y operativo de este socialismo está por definirse, aunque ya existe un proyecto en estudio para lanzar el Manifiesto Socialista del siglo XXI. Un socialismo de raíz cristiana, porque parte de la idea de que el primer socialista de nuestra era fue Cristo. En segundo lugar, será un socialismo basado en las propias raíces. Es necesario unir teoría y práctica, intelectuales y trabajadores. Creando empresas de producción social, unidades de producción comunitaria, y desarrollando teoría y haciendo propuestas que puedan transformar la realidad. Proyectos concretos, como son Telesur, Petrosur, Petroamérica, el Banco del Sur y la Universidad del Sur. Aparte de estas medidas recoge una serie de propuestas que se mantuvieron pendientes durante el siglo XX. Propuestas planteadas por el APRA y, durante su gobierno, por Salvador Allende. Propuestas que se acercan a los ejes de adhesión de la Unión Europea, como son la moneda única latinoamericana, un banco central latinocaribeño y un consejo electoral regional.

Un socialismo anclado en una ética, en que se hermana la moral socialista del Che con el cristianismo, una ética de la solidaridad. Desarrollar la solidaridad es una tarea educativa, y es ahí donde interviene la

cultura, para desmontar los demonios que sembró el capitalismo: individualismo, egoísmo, odio. Un socialismo que en lo político se expresa en la democracia participativa y protagónica, en el poder popular. En lo económico, la Revolución Bolivariana pretende transitar de una economía de mercado a una economía socializada. En lo social, debe conjugar igualdad con libertad; lo que implica un cambio económico para terminar con la abisal diferencia entre la extrema riqueza y la extrema pobreza.

El discurso antimperialista de Chávez es muy fuerte. El neobolivarismo se construye desde la retórica del «no», de oposición a las propuestas de los Estados Unidos: «You are a donkey, Mr. Danger» («Usted es un burro, señor Peligro»), le espetó a Bush en su programa *Aló Presidente* del 19 de marzo de 2006. Lo que no impide que Venezuela venda la mitad de su crudo a los Estados Unidos, cerca del millón y medio de barriles, el 13% de las importaciones estadounidenses. Solo tendría que cortar la exportación una semana para que hubiera consecuencias no económicas sino políticas: subida de precio y la gente le echaría la culpa a Bush. El Pentágono sostiene que Venezuela es «una amenaza para la estabilidad económica y democrática de la región».

Walk on Line se titulaba una película reciente que contaba la vida del cantante Johnny Cash. En la política latinoamericana el protagonista de esta frase es sin duda Chávez. Los Estados Unidos temen su influencia e intervienen abiertamente. En Nicaragua, el embajador usamericano llamó a unirse a los partidos de derecha para parar a Daniel Ortega, a quien veía vinculado a Chávez. Y no faltan los analistas que opinan que Chávez pesó en la elección a la presidencia mexicana.

Conscientes de la importancia del imaginario para crear opinión, los Estados Unidos llevan años preparando –por todos los medios– la legitimación de una eventual ofensiva contra Venezuela. Un videojuego que hicieron circular presentaba un comando que va a tomar por asalto la refinería venezolana de Amuay. La misión es garantizar el control de la producción que se encuentra en manos de un tirano local. El juego es de un extremo realismo: la refinería Amuay forma parte

del complejo refinador Paraguaná, emplazado en el occidente venezolano. Es un método de envenenamiento ideológico planificado por la CIA, utilizando la llamada «guerra virtual».

Acentuando las aflicciones de Washington, las relaciones entre Cuba y Venezuela se han vuelto muy cercanas. Esos gobiernos practican la solidaridad con un sistema de apoyo mutuo. Venezuela provee petróleo a bajo precio mientras que Cuba organiza programas de alfabetización y salud, enviando maestros y médicos a las áreas más pobres. Programas que están teniendo un impacto considerable en Venezuela y otros países de América y el Caribe, donde, bajo un programa llamado Operación Milagro, médicos cubanos proveen atención a personas que no tenían esperanzas de recibirla.

Chávez y Fidel conjuntamente con Evo Morales han creado el ALBA: Alternativa Bolivariana para las Américas. Un modelo de integración regional. En abril de 2006, además, se firmó el acuerdo tripartito Tratado de Comercio de los Pueblos (TPC). El ALBA es la contrapartida al ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) de corte neoliberal, y el TPC, contrapartida del TLC. El TPC vendría a compensar la desaparición de la Comunidad Andina de Naciones (CAN). Uno de los pilares del ALBA es la creación de una gran alianza energética regional, con la que se pretende sostener la independencia del Continente. El gas y el crudo boliviano serían un aporte importante para el gran proyecto de Petroandina y Petroamérica. Chávez está operando con un petróleo político. Cuando fue elegido en 1998 el barril estaba a doce dólares, mientras en el curso de 2008 amenaza con llegar a los ciento cincuenta, lo que le permite financiar la exportación de la Revolución Bolivariana. De paso el uso de los beneficios energéticos es un tema candente para la oposición. Columna vertebral de la integración será el gasoducto de ocho mil kilómetros que unirá el Caribe con el Río de la Plata a un costo de veinte mil millones de dólares.

La otra gran columna del ALBA son los médicos y las escuelas cubanas. La Misión Barrio Adentro lleva médicos cubanos a las zonas más pobres. La Misión Robinson toma como base el método cubano de alfa-

betización de adultos. La Misión Ribas es un plan de enseñanza acelerada para la educación media y la Sucre para la universitaria. Castro y Chávez se han comprometido a formar doscientos mil jóvenes de la región como médicos y a operar de la vista a seis millones de pacientes. Es la Operación Milagro.

Simultáneamente, Venezuela se incorporó a MERCOSUR, el bloque líder de comercio de la América del Sur, que incluye a la Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Venezuela como miembros permanentes, y a Bolivia, Chile, Perú, Colombia y Ecuador como países asociados. El ingreso venezolano aportó dos elementos clave: la energía y la apuesta para crear un bloque opuesto al poder de Washington. Brasil y la Argentina están de acuerdo con que la energía sea la columna vertebral. No obstante que Lula, después de las últimas elecciones, parece acercarse a la política de los Estados Unidos, en particular en el tema de la energía con los acuerdos sobre el etanol. Por otra parte, a semejanza de la Unión Europea, Chacho Álvarez, que dirige hoy la Comisión Permanente de MERCOSUR, quiere poner en marcha el Parlamento de este, con sede en Montevideo. Considera que MERCOSUR debe ser el núcleo de la Confederación Suramericana de Naciones. El 20 y 21 de julio de 2006 se realizó en Córdoba, Argentina, la XXX Cumbre de los países integrantes y asociados de MERCOSUR. En dicha cumbre entró como miembro permanente el Estado Bolivariano de Venezuela, y se invitó a participar a México, Bolivia y Cuba. En este encuentro se planteó una estrategia común de integración: «profundización de la democracia» y lucha contra la pobreza, para llevar a cabo una «integración con equidad, un desarrollo productivo y un comercio justo». Y se tomaron los siguientes acuerdos:

- 1) La construcción del gran gasoducto que abastezca a los países de MERCOSUR y otros. En este marco se incorporaron al proyecto gasífero de interconexión a la iniciativa de Petrosur Uruguay, Paraguay y Bolivia;
- 2) la creación de un Banco de Desarrollo;
- 3) preparar la creación de un Parlamento Latinoamericano;
- 4) desarrollo del empleo, acuerdos arancelarios y lineamiento del Código Aduane-

- ro;
- 5) respaldar la candidatura de Venezuela a miembro no permanente del Consejo de Seguridad de la ONU (lo que fracasó) y
- 6) se firmó asimismo con Cuba un acuerdo complementario de intercambio, cooperación y colaboración recíproca, destinado a contrarrestar el bloqueo.

Chávez recupera de la historia la imagen de un Bolívar revolucionario para hacerlo vigente en su proyecto de integración americana. También sabe relanzar el discurso simbólico. Agregó una nueva estrella a las siete de la bandera venezolana, la estrella de Bolívar, la que en 1818 propuso agregar para hacerle honor a la provincia de Guayana, que se había unido a la lucha independentista. Modificó asimismo el escudo. A las tradicionales espadas se le agregaron armas autóctonas: arco, flechas y machete campesino, y en el cuartel inferior se modificó el caballo que corría a la derecha pero con la cabeza vuelta hacia atrás y se le hizo galopar hacia la izquierda con el cuello extendido. Al relanzar la imagen de Bolívar uniéndola a la del Che, da actualidad a su misión histórica. Los afiches de ambos sustituyen los antiguos de Lenin y Marx. Declara así las prioridades de la nueva izquierda, luchar por la integración y afirmar su soberanía frente a los Estados Unidos. En esa línea apoyó decisivamente, contra este país, la candidatura de José Miguel Insulza a la OEA.

Se dice que Hugo Chávez retoma cinco componentes clásicos del populismo latinoamericano: el papel del caudillo sobre el partido, el lenguaje emocional, retórico y lleno de claves con un fuerte contenido simbólico, el movimiento como expresión y cauce de la participación y de la representación política de un pueblo que hasta la llegada del caudillo ha sido desposeído de todo su significado; el furibundo antiamericanismo parejo al alineamiento irrestricto con Fidel Castro, y la vuelta al papel preponderante del Estado en una economía centralizada. Para sus críticos sería un régimen semiautoritario como lo ha definido Marina Ottaway en *Democracy Challenged. The Rise of Semi-Authoritarianism* (2003). Es una tesis sobre las democracias defectuosas o liberales que aceptan en forma retórica la democracia pero que ofrecen poca transparencia en su funcionamiento.

No consideran estos análisis otro parámetro: hasta qué punto el discurso y la acción de Chávez coinciden con los de los más señalados promotores de la cultura de paz, sustentadores de la alianza de civilizaciones y defensores de los derechos humanos. Su espíritu solidario no se ha detenido en los límites de la América Latina. Su discurso concuerda con una afirmación de Mayor Zaragoza en un artículo reciente, «Tener presente el futuro» (*El País*, 6 de junio de 2006), en el que el antiguo Secretario General de la UNESCO afirmaba: «Las asimetrías económicas y sociales no cesan de ampliarse en un escenario global en que los países más poderosos y prósperos han abdicado de los principios democráticos (justicia, libertad, igualdad, solidaridad) a favor de las leyes del mercado».

El efecto Chávez se ha sentido en todo el Continente, uniendo su idea de integración política a una generosa chequera. Ha asignado varios miles de millones de dólares a comprar bonos de la deuda argentina. Ha suministrado, a precios simbólicos, petróleo a los países caribeños.

El movimiento neobolivariano ha causado la indignación de los fundamentalistas neoliberales como es el caso de Vargas Llosa, que con un lenguaje indigno de su talento literario se refiere a Chávez llamándolo «aprendiz de tiranuelo que está destruyendo Venezuela», que nunca cumpliría sus compromisos democráticos «a menos que tuviera montado un perfecto fraude electoral que le garantizara la victoria en aquella consulta popular». Lo describe como «comandante felón, traidor a su uniforme y a la Constitución de su país que como militar había jurado respetar, levantándose en armas el 4 de febrero contra un gobierno legítimamente constituido [...]». Llama la atención este lenguaje en alguien que nunca lo empleó contra Pinochet mientras este estaba en vida. Finaliza su escrito llamando al tercio que sostiene a Chávez (las elecciones demostraron que lejos de ser un tercio era una amplia mayoría) «lumpen». En un desaforado artículo, «Raza, botas o nacionalismo» (*El País*, 15 de enero de 2006) se mofa también del atuendo del nuevo presidente de Bolivia, al que llama por su peinado «fraile campanero», hace guasa de sus chompas de colores,

que –ironiza– parecen inspiradas por un asesor de imagen neoyorkino... para producir orgasmos en la grey de la izquierda boba. A continuación le niega la condición de indio a él y a Ollanta Humala (en un artículo posterior). A ambos los define a través de los más abyectos estereotipos racistas.

El proyecto Chávez, el neobolivarianismo andino, une la inspiración castrista con la bolivariana y traduce la idea de América en clave indigenista. Es un plan de integración que se sustenta en el petróleo (crudo barato para los aliados) y un fuerte antiamericanismo. Apunta a crear la Comunidad Suramericana de Naciones, apoyándose en una amplia alianza continental. En especial en el indigenismo andino.

El indigenismo andino

Tanto el indigenismo andino como el mexicano tuvieron un papel fundamental a comienzos del siglo xx, porque hicieron tomar conciencia a sus pueblos de las realidades no españolas, no europeas. Eso llevó particularmente en México a una reescritura de la historia, cuyos cultores fueron en primer lugar los muralistas. El indigenismo actual comienza por denunciar la retórica «progresista» anterior. El subcomandante Marcos denuncia al PRI porque al institucionalizar la Revolución Mexicana terminó por olvidar por completo a los pobres y a los indígenas.

En el mundo andino, las poblaciones indígenas se han vuelto mucho más activas e influyentes, particularmente en Bolivia y Ecuador, ambos productores importantes de energía. Hay un creciente protagonismo político de los pueblos indígenas, asociado al influjo del neobolivarianismo. En Bolivia con Evo Morales, en Ecuador después del triunfo electoral de Rafael Correa, y en Perú (aunque Ollanta Humala haya perdido la elección, la plena incorporación de la población indígena a la vida política sigue siendo un tema candente). Se habla incluso de una «nación indígena» en la América del Sur. El 24 de agosto de 2006 el recientemente fundado Consejo de Derechos Humanos (CDH) de la ONU aprobó el proyecto de Declaración de los Derechos de los Indígenas. La declaración, además de re-

conocer los derechos colectivos de las comunidades, la preservación de sus valores culturales y de su entidad étnica, contempla su derecho a la libre determinación, exige su consentimiento para explotar los recursos naturales de sus tierras y limita las actividades militares en sus territorios ancestrales. Asimismo les ofrece protección ante el intento de expulsarlos. La población indígena de la América Latina supone entre cuarenta y cincuenta millones de personas que hablan más de cuatrocientos idiomas. Sin embargo, los representantes parlamentarios de los indígenas, salvo en Bolivia, eran en Perú uno sobre ciento veinte parlamentarios, donde la población indígena es del 43%; en Ecuador, de cuatro sobre ciento veintiuno con el 34% de población indígena, y en Bolivia, donde la población es del 61%, solo ahora plantea una representación proporcional. Evo Morales es expresión del despertar a la modernidad del indigenismo andino.

Morales se manifiesta decidido a introducir mecanismos indígenas en la maquinaria del Estado, desarrollando una política de vuelta a los valores aymaras, justicia comunitaria con consejos indígenas, trabajo comunitario (la mita) y educación bilingüe. Así como a extender sus tradiciones a nivel nacional. Tal es el caso de la celebración del año nuevo aymara, el 514, en 2006 del calendario gregoriano. Su proyecto de reforma constitucional incluía la concesión de derechos exclusivos a los pueblos indígenas, la nacionalización de tierras y recursos naturales, la protección del cultivo de la hoja de coca, condenando, eso sí, al narcotráfico. «La hoja de coca forma parte de la tradición cultural y será protegida por el Estado». En Santa Cruz de la Sierra, en junio de 2006, proclamó el arranque de la «revolución agraria» con el reparto de dos y medio millones de hectáreas entre los indígenas, a la vez que abrogaba la propiedad forestal anulando las concesiones de explotación del bosque. Morales propone una economía social comunitaria con iniciativa privada, reconoce el derecho de propiedad, eso sí, condicionado al cumplimiento de su función social y mientras respete un desarrollo sostenible equitativo y armonioso con el medio ambiente. El documento «Refundar Bolivia» del MAS, antepone los derechos colectivos de

los pueblos indígenas y campesinos a los intelectuales. Evo Morales espera que la victoria popular boliviana sirva de ejemplo en la América Latina, porque «necesitamos movimientos populares triunfantes aliados» en la región, para reconstruir el Tahuantisuyo y la Patria Grande que soñó Bolívar.

El desafío del MAS es convertir en realidad la propuesta programática de la Bolivia Digna, Soberana y Productiva. El nuevo patrón de crecimiento basado en la nacionalización de los hidrocarburos, la solución del problema de la tierra y la eliminación de los latifundios improductivos, la eliminación de la prebenda y la corrupción, la austeridad estatal, la soberanía nacional, la educación y la cultura, entre otros aspectos, esperan decisiones políticas que se traduzcan en un plan de acción inmediata que tendrá que cristalizar en la refundación de la república boliviana.

El triunfo de Evo fue un triunfo aymara, un triunfo de los pueblos indígenas. Significa que han afirmado sus identidades a lo largo del Continente, han generado presencia cívica. Esto cambia el espectro político, aparecen nuevas fuerzas decisorias. Surge un nuevo lenguaje y, lo que es más importante, nuevos contenidos enunciados por los movimientos indígenas y los sectores más desfavorecidos, como son el equilibrio en la interacción del hombre con la Naturaleza –la mítica Pachamama–, y el rechazo de la economía neoliberal. El indio se «echa a andar», como pedía Martí.

Muy importante en el movimiento indigenista es el simbolismo. La elección de Evo Morales fue celebrada en Bolivia como un auténtico triunfo indígena. Ataviados con sus trajes de gala los indígenas tomaron las plazas del centro de La Paz y celebraron ritos de agradecimiento a la Tierra y a las deidades aymaras. En diversos momentos entonaron la canción *Uka jacha uru jutasijway* (*El gran día ha llegado*). En el discurso de investidura, el mandatario definió así su indigenismo: «Vamos a acabar con el Estado colonial, cambiar la historia, terminar con quinientos años de injusticia contra nuestro pueblo». Mientras que en un balcón del parlamento ondeaba la bandera indígena, la whipala. Alianza de civilizaciones y acabar con el Estado colonial se traduce hoy para Morales en «acabar con el Estado neoliberal».

El indigenismo andino pone en jaque al neoliberalismo y la hegemonía de una burguesía blanca y europeizante. Esto lo lleva a un choque frontal con los sectores que controlaban el poder en el país. Santa Cruz de la Sierra y un grupo de provincias reivindican la autonomía como una forma de secesión.

La misma bandera agitó con vigor durante la campaña electoral de 2006, Luis Macas, candidato indígena a la presidencia del Ecuador y actual presidente de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (Conaie). Vestido con el atuendo araguro (poncho, sombrero verde de fieltro y pantalones hasta la rodilla) afirmaba que llevaría la lucha contra el acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos «hasta las últimas consecuencias». Asimismo, al anunciar su candidatura a la elección de octubre de 2006, se pronunció por nacionalizar los recursos naturales para que sirvieran al país y llamó a realizar una revolución desde abajo, para transformar a Ecuador. «¡La lucha es el camino que heredamos de nuestros ancestros, es lo único que nos queda!», gritaba, advertía con vehemencia. Esta comunidad teme que el tratado con los Estados Unidos les quite uno de sus mayores tesoros: la sabiduría ancestral, las medicinas patrimoniales y su concierto con la naturaleza. Correa parece no querer defraudar a esta corriente.

La alianza de civilizaciones es muy importante para Morales y el resto de la América indígena, para no caer en el indigenismo radical que no solo rechaza la economía neoliberal, sino la cultura occidental en su conjunto.

Morales es la cara moderada del indigenismo. El líder radical es Felipe Quispe, que dirige el Movimiento Indigenista Pachakuti, el cual ni siquiera acepta el acuerdo con las autoridades políticas tradicionales. Propone la secesión y autodeterminación de los indígenas en una futura «república del Collasuyo». Una posición que sigue las tesis de la indianidad de Fausto Reinaga, que no solo rechaza la economía neoliberal, sino la cultura occidental en su conjunto, a la que considera responsable de los males que sufre la humanidad. Su alternativa es restaurar las tradiciones indígenas basadas en la comunidad y en la democracia directa.

Asimismo Ollanta Humala presentaba el peligro de tener un origen en la extrema derecha. Su padre, Isaac, es el ideólogo fundador de la doctrina llamada «etnocacerismo», que reclama la venganza étnica, una variante del choque de civilizaciones. Él mismo se define como un «racista reivindicativo de la raza cobriza». Militó en el comunismo, pero rompió con el partido porque este se oponía al ejército y él lo consideraba un aliado imprescindible para el cambio social y sobre todo para la idea de fondo que es reconstituir el antiguo imperio inca, borrando las fronteras actuales.

La iniciativa de creación de la «Alianza de Civilizaciones» fue lanzada por el presidente del gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, en la Asamblea General de la ONU en septiembre de 2004. Invirtió los términos de una imagen que hasta entonces se centraba exclusivamente en la idea de «choque de civilizaciones».

La Alianza de Civilizaciones requiere en primer lugar desarrollar una cultura de paz. De paz social al interior de cada sociedad y de paz internacional. Desarrollar una cultura de paz es un tema urgente y que debe tener una prioridad educativa en los currículos de este siglo a todos los niveles de la educación. En primer lugar debe educarse en la cultura de la tolerancia y la convivencia, aceptando al otro. Con una vigorosa acción de los poderes públicos para desterrar el racismo y la xenofobia, apoyada en una actitud constructiva de los medios de comunicación. En Iberoamérica todavía subsisten en el imaginario popular reflejos racistas, incluso en el lenguaje. En un supuesto diccionario impertinente del español de América podríamos encontrar vocablos como cholo, aindiado o roto definidos por términos tan despectivos como flojo, sucio, ladino, ignaro o bruto, por no decir cholo, roto o indio adjetivados «de mierda». Y el «machi» que es el médico mapuche que trata enfermedades con hierbas, se ve definido como curandero, y su posología considerada brujería.


La alianza de civilizaciones requiere igualmente a nivel planetario desarrollar una educación multicultural y censurar el etnocentrismo. Señalada alianza se basa fundamentalmente en una cultura de paz, que es antes que nada un imperativo educativo. Kant en *La paz perpetua* afirma que el estado de paz entre los hombres no

es un estado de naturaleza; por lo tanto, debe ser «instaurado».

El proyecto del indigenismo andino propone una verdadera alianza de civilizaciones por varias razones. Porque une en su proyecto político la cultura occidental con la indígena, orientadas por la modernidad. Porque a diferencia del «diálogo de civilizaciones» que proponen quienes cultivan el pensamiento conservador, que es el diálogo entre dos o más civilizaciones que continúan siendo foráneas, la alianza implica integración. Y no solo a nivel internacional. Queda claro en el libro reciente de Samuel P. Huntington² que el choque de civilizaciones se extiende a la inmigración. Para él la emigración hispana en los Estados Unidos está incluida en el conflicto de civilizaciones, porque representa una cultura distinta del «nativismo blanco». En ese sentido, el actual proyecto indigenista propone, para acabar con la exclusión y la injusta distribución de la

riqueza, una auténtica alianza de civilizaciones, al nivel de las clases más pobres y de los marginados de la historia.

Para concluir, vuelvo a Neruda. Lo convoco porque unió con puentes poéticos un nosotros. Porque su *Canto general* es una declaración de amor a Nuestra América. Por ello quisiera solicitar su voz una vez más y hacerla mía para terminar estas reflexiones y confirmar su título. Así, vuelvo al verso:

*América, no invoco tu nombre en vano.
Cuando sujeto al corazón la espada,
cuando aguanto en el alma la gotera,
cuando por las ventanas
un nuevo día tuyo me penetra,
soy y estoy en la luz que me produce,
vivo en la sombra que me determina,
duermo y despierto en tu esencial aurora:
dulce como las uvas, y terrible,
conductor del azúcar y el castigo,
empapado en esperma de tu especie,
amamantado con sangre de tu herencia.* 

2 *Who Are We: The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon & Schuster, 2008.



GRÍNOR ROJO

Campo cultural y neoliberalismo en Chile

En el entendido de que la palabra cultura nombra en estos tiempos prácticamente cualquier cosa y que por lo tanto la podemos utilizar para referirnos a las «grandes creaciones del espíritu humano», como antes se decía, o a «las peculiaridades de la vida cotidiana de tal o cual comunidad», como hacen los antropólogos y los críticos de la familia de Raymond Williams, o incluso a las «instituciones de la cultura», ministerios, universidades y demás, como ocurre en el caso de los burócratas y en el de los «gestores culturales», habría que concluir que en los últimos treinta y tantos años los chilenos hemos experimentado con tres sistemas o estados o «campos» (a la Bourdieu) de cultura diferentes y en muchos aspectos opuestos. Trataré de anotar en lo que sigue las que a mi juicio fueron las características esenciales del primero y el segundo para detenerme luego, con algo más de profundidad, en el tercero.

Como es de público conocimiento, entre 1970 y 1973 una cantidad nada insignificante de los ciudadanos de este pequeño pero presumido país anduvimos embarcados en un proyecto de «camino hacia el socialismo». Dado este cuadro de circunstancias políticas, en los capítulos finales del Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular se abordaba el tema de la cultura del siguiente modo: «Si hoy la mayoría de los intelectuales y artistas luchan contra las deformaciones culturales propias de la sociedad capitalista y tratan de llevar los frutos de su creación a los trabajadores y vincularse a su destino histórico, en la nueva sociedad tendrán un lugar de vanguardia para continuar con su acción. Porque la cultura nueva no se creará por decreto; ella surgirá de la lucha por la fraternidad contra el individualismo; por la valoración del trabajo humano contra su desprecio; por los valores nacionales contra la colonización cultural; por el acceso de

las masas populares al arte, la literatura y los medios de comunicación contra su comercialización. // El nuevo Estado procurará la incorporación de las masas a la actividad intelectual y artística, tanto a través de un sistema educacional radicalmente transformado, como a través del establecimiento de un sistema nacional de cultura popular. Una extensa red de Centros Locales de Cultura Popular impulsará la organización de las masas para ejercer su derecho a la cultura».¹

El texto que acabo de reproducir pone de manifiesto una simpatía ostensible, aunque no excluyente ni del todo clara, del gobierno de Salvador Allende por la cultura popular. No fue excluyente, porque, como ese Programa de Gobierno lo explicita, se mantenía el interés y el aprecio por las «grandes obras», aunque procurando hacerlas accesibles a un público de consumidores que fuese más amplio de lo que había sido en el pasado (el mejor ejemplo de esto es la extraordinaria labor impresora y difusora de libros baratos que cumplió la Editorial Quimantú: 12 000 093 volúmenes con doscientos cuarenta y siete títulos diferentes en poco más de dos años y de los cuales al momento del golpe se habían vendido 11 164 000. Pero no es el único, todavía me acuerdo de los estudiantes de teatro de la Universidad Austral de Chile representando Molière bajo las luces de un tractor en algún latifundio expropiado de la provincia de Valdivia...). Y no fue del todo clara, porque hubo, de parte de muchos, aun entre la gente que se confesaba partidaria de las políticas de la Unidad Popular y me atrevo a presumir que justificadamente, una desconfianza adorniana respecto del papel que le correspondía cumplir en el proceso de transformaciones en curso a los vehículos culturales de proyección masiva. *Para leer al Pato Donald*, el libelo de Ariel Dorfman y Armand Mattelart contra la cultura imperialista de masas, que vio la luz pública en 1971, es de ese recelo un paradigma. El caso es que era difícil, si es que no imposible, determinar, en aquel enton-

1 «Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular», Centro de Estudios Bicentenario. Véase: <www.bicentenario.com>.

ces, qué, exactamente, se iba a entender por «cultura popular»: ¿la cultura tradicional campesina?, ¿la cultura de la clase obrera?, ¿la cultura de la intelectualidad de izquierda?, ¿la cultura asociada a los medios de comunicación? Nada de esto fue nunca muy obvio porque tampoco se lo pensó nunca con suficiente rigor.

Desde el punto de vista del trabajo de las instituciones culturales, dependiendo la mayor parte de ellas del gobierno del presidente Allende, se produjo en Chile, entre 1970 y 1973, una apertura de las mismas hacia todos los sectores de la población. Se trató de que los pobladores de este país entendieran y sintieran que las universidades, los museos, las bibliotecas, los medios de comunicación, etcétera, eran suyos, y que lo eran por el solo hecho de ser ellos, a quienes el capítulo segundo de la Constitución de 1925 definía como los «ciudadanos chilenos», los dueños únicos y legítimos del patrimonio patrio, lo que les daba el derecho a usarlo cuándo y cómo se les diese la gana. Escribí alguna vez, a lo mejor a impulsos de una pasión socialista de la que no me arrepiento:

Ellos sabían que el país entero les pertenecía, que les pertenecía la plétora de su naturaleza y también lo que a lo largo de los años se había ido poniendo encima de ella, porque esto último lo habían hecho ellos mismos o sus padres o sus abuelos o sus bisabuelos con sus manos y no pocas veces con su sangre. Las instituciones de la cultura perdían de este modo su carácter de clubes privados: un nuevo personal, sin apellidos y sin credenciales, empezaba a circular por la sacralidad de sus recintos, una nueva clase de usuarios reclamaba ahora para su propio beneficio esas instalaciones».²

En cuanto a «la cultura entendida como la sustancia del cotidiano, como la experiencia vivida por el colectivo nacional, como la «materialidad de la vida», según

2 Grínor Rojo: «Apunte sobre la cultura en los tiempos de la Unidad Popular», en Rodrigo Baño (ed.): *La Unidad Popular treinta años después*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología, 2003, p. 251.

nos lo enseñó Raymond Williams, la extensión del espíritu igualitario buscó como su mejor producto una ética de la colaboración y la solidaridad. Colaboración y solidaridad con el otro, ese que era, de acuerdo a las definiciones tomasina y moderna, igual a uno y al que uno tenía que reconocerle necesidades y derechos que eran equivalentes a los propios; y también colaboración y solidaridad con el país, ese que era de uno y que a uno lo proveía con un sentimiento de pertenencia y con una identidad que de ningún modo importaba, como les gusta decir hoy a ciertos ejemplares criollos de las posmodernías en boga, «ni una cárcel ni un estorbo».³

Todo lo anterior llegó a su término con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. El país se dividió, a contar de esa fecha, como nunca antes en su historia, entre amigos y enemigos –y, con aterradora frecuencia, entre víctimas y victimarios–, y esa división no pudo menos que reproducirse en el plano de las actividades culturales.

Por una parte, existió durante los años de la era Pinochet la clase de cultura que el régimen favorecía e intentaba entronizar directa e indirectamente. Directamente, a través de la aclimatación en el país de un nacionalismo cerril y xenófobo, de corte militarista, hecho de marchas, himnos, banderas y estatuas de hombres de a caballo, que casi nos arrastró a una guerra fratricida con la Argentina en 1978 y para cuyo emplazamiento se utilizó, entre otros mecanismos, el aparato educacional. Indirectamente, a través de su antítesis, o sea de una entrega de la cultura a un mercado carente de cualquier lealtad para con esas mismas banderas que los generales ensalzaban con su rabioso denuedo, dios incuestionable en la teología neocapitalista que se puso de moda desde el segundo lustro de los años 70 cuando la empezaron a «pasar» desde un par de universidades de los Estados Unidos los asesores económicos de la dictadura. Era aquel el debut del «neoliberalismo» entre nosotros, ni más ni menos que el disfraz seudocientífico para un reciclaje capitalista de alcance no solo nacional sino mundial, que se hizo apremiante a consecuencia de la extenua-

ción del ciclo expansivo que se inicia con posterioridad a la segunda gran guerra del siglo xx, un ciclo en el que los Estados Unidos fueron el beneficiario mayor y de cuya clausura el abandono que hizo Nixon del patrón oro en 1971 y la doble crisis petrolera de 1973-1974 y de 1979-1980 no fueron causas sino síntomas. Comenzaba con ello la renuncia teórica y práctica a la idea de que el combate contra la desigualdad era un quehacer prioritario en cualquier sociedad civilizada y que el Estado tenía algunas obligaciones que cumplir al respecto. Milton Friedman fue el sumo pontífice de ese nuevo evangelio y Ronald Reagan y Margaret Thatcher sus obispos más laboriosos, mientras que en nuestro caso Pinochet recurría al poder de las armas para arrasar con el orden político aspirante a la equidad existente en Chile desde las décadas del 20 y del 30.⁴ El tiempo de las conductas solidarias se transformaba al cabo en un viejo recuerdo del pasado y hacia el futuro empezaba a dibujarse un horizonte cultural en el que un papel protagónico le estaría reservado a la difusión de «ideologías livianas», cuya producción constituye, como lo sabe todo el mundo, el cometido por excelencia de la televisión –encargada de apoyar un óptimo desempeño de la nueva economía provocando el entontecimiento *ad hoc* de los consumidores.

O, más bien, era aquel el comienzo del triángulo compuesto por los militares, el mercado (e incluido ahí un componente Opus Dei, que no se le pasó por alto a la agudeza de mi buen amigo Luis Cárcamo-Huechante)⁵ y la televisión, un *ménage à trois* más compatible de lo que se podría creer y que estaba destinado a trazarle su perfil arquetípico al gobierno de El Capitán General. En el fondo, y ese era el objetivo último de semejantes estrategias, se transparentaba a través de ellas el deseo de moldear un nuevo sujeto nacional, obe-

3 Grínor Rojo: Ob. cit. (en n. 2), pp. 246-247.

4 La institucionalización del esquema, no su creación, la realiza por supuesto el llamado Consenso de Wáshington, de fines de los 80 y principios de los 90.

5 Luis E. Cárcamo-Huechante: *Temas del mercado: imaginación económica, cultura pública y literatura en el Chile de fines del siglo veinte*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2007. Véase, especialmente, el «Capítulo dos».

diente, respetuoso y temeroso del orden establecido, que les garantizara a los guardianes de uniforme que su pensamiento, sus decisiones y sus acciones no iban a salirse del ámbito de la vida privada, dejando así que fuesen ellos y sus intelectuales orgánicos los que en el uso de las facultades que se adjudicaran a sí mismos se hicieran cargo de todo cuanto estaba y no podía menos que estar más allá de la competencia del ciudadano común. Tampoco debe descuidarse, entre los datos que importa destacar en este relato introductorio, el aparato de control y represivo del pinochetismo, cuya encomienda consistía en suprimir todo aquello e incluso a todo aquel que se opusiera al discurso y los actos del gobierno sin fijarse en demasía en la limpieza de los procedimientos, desde las listas negras de la prensa y la televisión hasta la degollina de profesores subversivos. Pero tal vez haya sido la censura la que, en esta materia y a todo lo largo de aquellos años oscuros, fue el instrumento que se empleó con mayor entusiasmo. Tanto es así que en 1980 la censura cinematográfica amaneció acogida en la letra misma de la Constitución.

Finalmente, sería injusto que yo dejara sin el debido registro el hecho de que existió también en Chile, desde el 73 en adelante, una cultura de resistencia a la dictadura tanto externa como interna. La externa alimentada por el casi millón de exiliados que el régimen de Pinochet generó y que se desparramaron por todas las latitudes del globo terráqueo. De Melbourne a Montreal, de París a la Costa de Marfil, esos chilenos «de afuera» no economizaron energías para seguir manteniendo, contra viento y marea, su identidad cultural. En el exilio se escribieron testimonios y novelas, cuentos y poemas, se montaron obras de teatro, se filmaron películas, se hicieron conciertos y exposiciones de arte, se polemizó filosófica y políticamente, pero por sobre todas esas cosas (o a causa de ellas) se mantuvo viva la nostalgia y la utopía del país secuestrado, de lo que él había sido una vez y de lo que pudiera, a lo mejor, volver a ser. Mientras tanto, tampoco en el interior dejó de existir, más o menos clandestino según las épocas y las circunstancias, estirando la cuerda hasta el centímetro inmediatamente previo al de la caída del hacha

sobre la cabeza insumisa, un quehacer cultural que luchaba por el recobro de la libertad y la democracia con cualesquiera fuesen los recursos a su alcance. Sin restarles su valor a ciertas expresiones de neovanguardia, que en un primer acercamiento nos parecieron antojadizas y hasta contraproducentes, pero que en realidad obedecían a motivaciones plausibles, tales como el experimentalismo esotérico del Colectivo de Acciones de Arte (CADA) durante la década del 70, yo pienso que el tiempo de auge de esa cultura de la resistencia «de adentro» se extiende entre 1980 y 1986, correlativamente al incremento de las protestas que por aquel entonces lideraban los movimientos sociales, las que llegaron a su eclipse en el minuto en que, para asegurarse de que el país futuro tuviera la fisonomía que ellos tenían prevista y no otra, algunos políticos de carrera, que más tarde iban a convertirse en actores de primera fila en los procesos de relevo, negociaron su desactivación. Dos buenos ejemplos del nexo de los 80 entre los movimientos sociales y la cultura popular son el teatro independiente y la cultura de la mujer. El teatro independiente floreció entonces en Chile, en el seno de comunidades diversas, desde los patios universitarios a las parroquias de las poblaciones marginales, y nunca nuestro feminismo fue más inclusivo ni más productivo que durante esa década. Su gran figura, cuyo legado tendrá algún día que estudiarse en las escuelas, es, sin la menor duda, Julieta Kirkwood.

Paso ahora a los últimos años, los de la vuelta a la democracia.

Pero primero me voy a permitir observar que una de las frases favoritas de nuestros gobernantes desde 1990 a la fecha es aquella que afirma que en nuestro país «la transición a la democracia terminó» y que, en consecuencia, los chilenos estaríamos disfrutando de un clima político de «plena normalidad». No me cuesta mucho contradecir esa frase. No solo porque teórica y prácticamente la democracia no es el constructo estático que con ella se presume, sino un acuerdo que se establece en el tiempo, que los ciudadanos pactan y repactan periódicamente y que, por lo tanto, es perfeccionable por definición. No solo por eso, sino porque en esas palabras se alberga además una falacia de

dimensiones vastas (y bastas), a la que el único mantenimiento en vigor de la constitución pinochetista de 1980 delata estrepitosamente. Así, una descripción más ajustada a la realidad de lo que a los chilenos nos sobrevino después de Pinochet es la que habla de una prolongación con morigeraciones del *statu quo ante*. Central deviene, por consiguiente, para todos aquellos que nos hacemos partícipes de este diagnóstico, el planteamiento que sostiene que los gobiernos concertacionistas de la posdictadura no solamente no han acabado con la herencia del régimen militar sino que en algunas áreas, como la económica, la han profundizado, privatizando y mercantilizando mucho más todavía, abriendo el país todo cuanto les ha sido posible no solo a la voracidad del empresariado doméstico sino sobre todo y programáticamente a la de las transnacionales. Todo ello tratando de limarle simultáneamente sus peores proclividades al sistema, morigerándolo, haciéndolo amigable incluso, pero sin que eso los aparte de las recomendaciones técnico-ideológicas del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, de la Organización Mundial de Comercio, del Banco Interamericano de Desarrollo, del G 7, del G 8 y de un equipo de ingenieros comerciales educados en las escuelas de negocios de Chicago y de Harvard. En estas condiciones, no puede hablarse de una ruptura con las políticas autoritarias sino de su repetición con variaciones. El énfasis puesto por la política exterior chilena de la posdictadura en las alianzas económicas globales en desmedro de las regionales se inscribe en dicho contexto. Como tuvo el candor de afirmarlo un ex candidato presidencial de la derecha hace no tantos años, los chilenos tenemos pasta de buenos vecinos solo que domiciliados en un barrio muy malo.

Y desde el punto de vista político tampoco me cuesta un gran trabajo demostrar que se mantienen hasta hoy las viejas prácticas de contención del «desorden», porque se sigue desconfiando del buen juicio de los ciudadanos, lo que naturalmente conduce a minimizar la participación que los tales tendrían que tener en las decisiones que tocan a su vida en común, ya sea por medio de las estructuras antidemocráticas heredadas de la dictadura, instituciones, leyes y demás, ya sea por la fuerza de los poderes fácticos, empresarios, militares, Iglesia, ya sea

por la preponderancia asignada a la tecnocracia neoliberal en lo que atañe a la concepción y desarrollo de las iniciativas de bien público. Los ejemplos sobran y no voy a aburrir a quienes me leen en esta oportunidad demorándome en la impugnación de aberraciones tan flagrantes como la reciente prohibición de los anticonceptivos de urgencia decretada por un Tribunal Constitucional que integran seis miembros del sexo masculino, los que cuentan con poderes omnímodos –por encima de los del Ejecutivo, el Congreso y la Corte Suprema–, en cuyas designaciones los ciudadanos no intervienen y a quienes no les ha temblado la mano para evacuar un veredicto religiosamente motivado (uno de los integrantes le confidenció a los periodistas que él no tenía opinión, que su opinión era la que le ordenaba su obispo) con el que no están de acuerdo no solo las mujeres sino el 80% de la población del país.

Bastará entonces con que me concentre en algunas constataciones que son menos groseras que esa, pero no menos verídicas, todas las cuales me están demostrando que a la retórica de la participación ciudadana de la que los gobiernos concertacionistas hacen alarde cada vez que se les presenta la ocasión de hacerlo no se le puede conceder, ni con la más consentidora de las indulgencias, credibilidad. Por ejemplo, cuando constatamos que la reforma educacional, la reforma de la salud y la reforma de las pensiones, tres de los orgullosos logros de los gobiernos chilenos de la posdictadura, se discutieron, se diseñaron, se aprobaron y se están gestionando sin la participación o con una participación ínfima, cosmética e irrelevante, de los afectados. Porque, aunque en cada uno de esos tres grandes segmentos de la vida nacional se modificó lo existente y hasta es posible que se lo haya mejorado en alguna medida, ello se hizo cuidando de no perturbar la lógica neoliberal que amarra al sistema en su conjunto: la educación, la salud y las pensiones asumidas no como unos derechos que debieran ponerse a disposición de todos los chilenos en las mismas condiciones, lo que quiere decir que para ser ejercidos tendrían que estar sujetos a iguales patrones de eficiencia y calidad, sino como unas mercancías que serán mejores o peores según el dinero que se tenga para pagarlas.

¿Por qué extrañarse entonces de que esa misma lógica neoliberal sea la que también domina en el campo de la cultura? ¿Que perduren en él muchos de los elementos del orden que quiso imponer Pinochet combinados con una democratización engañosa o hecha a medias?

Como el lector ya lo habrá descubierto, la mía no es la perspectiva del Gobierno de Chile acerca de este tema y si lo que a él le interesa es familiarizarse con esa voz oficial, lo que yo le recomiendo es relegar mis papeles al último cajón del escritorio y remitirse en cambio al volumen *La cultura durante el período de la transición a la democracia 1990-2005*, publicado en 2006 por nuestro Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. En la presentación de ese libro, que firma el ministro de entonces, José Weinstein, y sobre todo en el anexo sobre «políticas culturales», el tono, que es de una franca autocomplacencia, difiere del mío 100%. Se habla allí de un «florecimiento» de la cultura y las artes en nuestro país, entre 1990 y 2005, y de los «muchos índices e indicadores» que así lo demuestran. Leemos:

En todas las disciplinas artísticas se detecta un aumento significativo en cantidad y calidad de creaciones y obras nacionales. Además, se hace evidente una renovación de los creadores, que se expresa en miles de jóvenes desplegando sus talentos y sus vocaciones y en un desarrollo de instituciones públicas y privadas comprometidas con la gestión cultural. Hay también más público para las distintas manifestaciones artísticas, y se experimenta una demanda creciente de arte y de cultura, especialmente en regiones distintas de la metropolitana.

Aplauden también los autores del «anexo» el acceso del «público» chileno a la televisión (93,8%) y a la radio (90,6%) y que «El 41,2% de la población mayor de dieciséis años utiliza Internet, especialmente como medio de comunicación (*mail* y *chat*)», lo que «entre los sectores de escasos recursos» se da fundamentalmente «gracias a los cibercafés u otros lugares públicos (34,5%)». Reconocen, sin embargo, que «es preocupante el hecho de que el 60% de la población se

limite a un consumo cultural de pobreza, es decir, a un consumo cultural marcado por la oferta de los medios de comunicación» y que «se ha demostrado que estos consumos mínimos están asociados a falta de sociabilidad, menor valoración de la diversidad y menor valoración de la democracia como forma de gobierno». Pienso, después de leer estas palabras, que quienes las han escrito no ignoran cuál es la realidad de Chile en esta materia y cuáles los peligros que en ello se incuban, pero que como tampoco les inquieta el que esa realidad no coincida con sus buenos deseos no les parece exagerado afirmar que «una primavera cultural se ha instalado en el país en este cambio de siglo». ⁶ Mi posición frente a esta retórica oficial es de una tremenda suspicacia y voy a explicar por qué.

Perdura, por lo pronto, en los códigos legales de la República, al menos una parte de la reglamentación represiva, la que restringe la libertad que los ciudadanos tienen o debieran tener para pensar y para dar a conocer públicamente lo que piensan. En mayo de 2001, el presidente Ricardo Lagos firmó una nueva ley

6 «Chile quiere más cultura. Definiciones de política cultural, 2005-2010», en Eduardo Carrasco y Bárbara Negrón (eds.): *La cultura durante el período de la transición a la democracia 1990-2005*, Santiago de Chile, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2006, p. 377 y ss. Elocuente, en cuanto a las limitaciones del «florecimiento» del que se jacta el documento oficial que acabamos de citar, es la encuesta de consumo cultural que hizo el Informe PNUD 2002 sobre desarrollo humano en Chile. Según ese informe, a partir de un «índice sintético» compuesto por siete elementos, diarios, revistas, libros, música, cine, exposiciones y conciertos, y de una articulación en cuatro «tramos» de consumidores, la conclusión fue que el tramo de «consumo cultural mínimo», que no participaba de ninguno de los siete elementos, era el más grande, ocupando el 38% de la muestra; el siguiente, de «consumo cultural bajo», consumidor de solo uno de los elementos, ocupaba el 25%; el tercero, de «consumo cultural medio», consumidor de entre dos y tres de los elementos, el 27%; y el último, de «consumo cultural», consumidor de entre cuatro y siete de los elementos, el 10%, véase en <<http://www.desarrollohumano.cl/indice.htm>>, pp.170-171. Agrego que una exposición menos consentidora que las del Ministro y el «anexo» es la que firma en el volumen oficial Bernardo Subercaseaux: «Cultura y democracia», pp. 19-29.

de prensa, que junto con la eliminación del amparo constitucional a la censura cinematográfica, suprimió algunas de las disposiciones que coartaban hasta entonces la libertad de expresión, tales como el Artículo 6 (b) de la Ley No. 12.927 de Seguridad del Estado, castigador del desacato contra

los que difamen, injurien o calumnien al Presidente de la República, Ministros de Estado, Senadores o Diputados, miembros de los Tribunales Superiores de Justicia, Contralor General de la República, Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas o Director General de Carabineros, sea que la difamación, la injuria o la calumnia se cometa con motivo o no de las funciones del ofendido.

También se desmontó en ese mismo año la legislación que autorizaba el requisamiento de publicaciones consideradas injuriosas por los funcionarios aludidos en ellas (era lo que había permitido que el juez Rubén Ballesteros, de la Corte de Apelaciones de Santiago, ordenara confiscar, el 15 de abril de 1999, *El libro negro de la justicia chilena*, una investigación periodística de Alejandra Matus, obedeciendo a una querrela del magistrado de la Corte Suprema Servando Jordán). Con todo, se dejaron en pie otras disposiciones, que a los nostálgicos que las echaban de menos les resarcían por las tachaduras del año 2001 y que tienen su nicho en los artículos 263, 264 y 265 del Código Penal y 276 y 284 del de Justicia Militar, estos últimos dedicados de preferencia a lo que en ellos se designa como el delito de «sedición».⁷ Los dispositivos censuradores, por consiguiente, si bien no puede negarse que han disminuido, no han desaparecido por completo. La represión brutal a la libertad de expresión no existe ya en nuestro país, eso es efectivo, y nadie arriesga hoy como antaño su integridad física por el solo hecho de emitir opiniones que discrepan con las de aquellos que depo-

7 «Alzamiento colectivo y violento contra la autoridad, el orden público o la disciplina militar sin llegar a la gravedad de la rebelión. / 2. Fig. Sublevación de las pasiones», Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 21ra. ed., t. II, Madrid, Real Academia Española, 1992, p. 1855.

sitan su importancia en los sillones del poder (de otro modo yo mismo no estaría diciendo lo que digo), pero no menos verdadero es que la represión existe aún⁸ y que las trabas para dar a conocer públicamente la discrepancia continúan activas.

Más allá de eso, aun cuando sea cierto que la censura brutal dejó de existir en Chile, no se puede decir lo mismo de la que yo no vacilo en calificar como una censura indirecta. Me refiero a la clase de censura que se encuentra implícita en la cada vez más extensa mercantilización de las prácticas culturales, lo que se inauguró en dictadura, que los gobiernos de la posdictadura no han cambiado ni tienen planes de cambiar y que constituye el factor que, con las excepciones que indicaré cuando llegue el momento oportuno, impone su ley de estructura a la amplitud toda del campo. Elijo, en primer lugar, por las consecuencias particularmente nocivas que esto tiene, la mantención del impuesto al valor agregado (IVA), que grava en Chile la compra de libros con el mismo 19% con que grava todo lo demás, con el argumento de que no puede haber en este aspecto privilegios para nadie (porque si no, «todos pedirían la exención...»), como si la adquisición de libros tuviese un peso social idéntico al que tiene la adquisición de un bien o un servicio suntuario. Consecuencia de ello es que los libros sean hoy en nuestro país más caros que en cualquier otro de los demás países de la América Latina (19% de impuesto en Chile contra 0% en la Argentina, 0% en Brasil y 0% en México) y más caros también que en los países capitalistas del centro del mundo, como pudieran serlo los Estados Unidos (7%) y la mayoría de los europeos (desde el más alto, Finlandia, 8%, a los más bajos, Inglaterra e Irlanda, 0%).

8 Un caso, en estos días, es el de la cineasta Elena Varela López, quien se encontraba filmando el documental *Newen Mapuche, la fuerza de la gente de la tierra*, en la Región de la Araucanía, cuando fue detenida por la policía quedando en prisión preventiva por seis meses bajo la acusación de participar en el asalto a una oficina de gobierno y del financiamiento de acciones terroristas con fondos gubernamentales. El material que alcanzó a filmar, durante tres años de trabajo, fue incautado y se teme por su destino.

Nada mejor que el dato que acabo de anotar para que el lector de estas líneas se entere de y pueda calibrar el retroceso que entre nosotros se ha producido desde las políticas culturales de la Unidad Popular, a comienzos de los años 70 del siglo xx, a las concertacionistas de la primera década del siglo xxi. Si la Unidad Popular se propuso que todo Chile leyera y para eso creó Quimantú, la editorial que puso en los quioscos de periódicos la mejor literatura universal al mismo precio que un diario o una revista, las políticas (y los políticos) de hogaño dan la impresión (y uno se siente tentado a pensar que ello en efecto es así) de desear lo contrario. Considerando que los márgenes de ganancia que las distribuidoras y comercializadoras de libros obtienen en Chile son admitidamente superiores a los que ellas obtienen prácticamente en cualquier otro país del mundo (su explicación es que el mercado chileno del libro es chico, lo que por supuesto da forma a un círculo vicioso: en Chile los libros son caros porque el mercado del libro es chico y el mercado del libro es chico porque los libros son caros), si a eso se suma el valor del IVA, cualquiera puede darse cuenta de que lectores habituales son y pueden ser en nuestro entorno en especial aquellos que tienen la capacidad económica para ir a comprar los volúmenes que leen, es decir los que se ubican en los deciles superiores de los gráficos de distribución del ingreso. Convengo en que con los gobiernos de la Concertación los museos y las bibliotecas públicas han mejorado en alguna medida con respecto del estado paupérrimo en que Pinochet los dejó, y también me parece que hay que destacar que, muy en armonía con lo que han sido las prácticas posdictatoriales en otras áreas de nuestra vida social, un esfuerzo que a lo mejor pudiera interpretarse como el Quimantú del presente gobierno es el del llamado «maletín literario», que se lanzó con gran pompa y circunstancia en 2007, que se pondrá en marcha en los mismos días en que redacto estas notas (abril de 2008) y que consiste en hacer llegar a las familias más pobres del país una minibiblioteca de obras maestras seleccionadas por una comisión de mentes simétricamente esclarecidas. Pero, cualquiera sea el mérito de este curioso programa, cuesta creer que él vaya a tener el

músculo necesario como para revertir la obscenidad de las cifras: hay a la fecha en Chile un 4% de analfabetismo, un 24% de adultos de más de cincuenta años que son analfabetos funcionales, un 21% de la población que lee libros de manera habitual, un 34% que lee libros ocasionalmente y un 45% que no lee ni un solo libro nunca.⁹

No menos gravitante me parece la concentración de la propiedad de los medios, un tema hacia el cual sobre todo los investigadores del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile han dirigido su atención en repetidas oportunidades y acerca de cuyas repercusiones nefastas nos han advertido con la documentación pertinente. Me refiero a los reveladores trabajos de Diego Portales en la década del 80,¹⁰ Francisco Ramírez en la del 90¹¹ y, desde 2000 en adelante, uno de Guillermo Sunkel y Esteban Geoffroy,¹² otro de Osvaldo Corrales Jorquera y Juan Sandoval¹³ y uno más de Horacio Brum.¹⁴ Nos hacen notar todos ellos que la concentración en Chile de la propiedad de

9 En Grínor Rojo: «La educación chilena: sobre estadísticas de lectura, escritura y algunas cosas más», *Las armas de las letras. Ensayos neoarielistas*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2008, p. 27. Los datos están tomados de un estudio de la Fundación La Fuente/Adimark GfK de 2005.

10 Diego Portales C.: *Poder económico y libertad de expresión*, Santiago de Chile, ILET, Editorial Nueva Imagen, 1981.

11 Francisco Ramírez: «El desarrollo de la prensa escrita chilena en el siglo xx y la conformación del duopolio de los consorcios El Mercurio y COPESA», <http://www.peperodríguez.com/Publica_estud/Ramírez_4_perinves.htm>.

12 Guillermo Sunkel y Esteban Geoffroy: *Concentración económica de los medios de comunicación*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2001.

13 Osvaldo Corrales Jorquera y Juan Sandoval: «Concentración del mercado de los medios, pluralismo y libertad de expresión», <<http://www.comunicación.uchile.cl/docs/corrales2005.pdf>>.

14 Horacio Brum: «Chile líder otra vez», Universidad de Chile, Instituto de la Comunicación e Imagen, Programa Interdisciplinario de Libertad de Expresión, 17 de abril de 2007/ 5 de enero de 2008, <<http://libertaddeexpresion.uchile.cl/horaciobrum.html>>.

los medios no solo es insólita, si se la compara con lo que al respecto se observa en otros países capitalistas del mundo, sino que poco y nada es lo que tiene de inocua y menos aún de casual, siendo más bien el producto de opciones políticas precisas, por cuanto recorta el ejercicio de la libertad de expresión sin que a quienes les interesa que eso suceda se vean obligados a emplear la fuerza bruta y con una contundencia que no sería superior si ellos lo hicieran. En un artículo de enero de 2008, después de describir la creciente apropiación de las radiodifusoras nacionales por empresas extranjeras y de insistir sobre las perversiones obligadas de una televisión en la que el único canal estatal tiene que autofinanciarse, Horacio Brum manifestaba el «asombro» que le produce al investigador comunicacional constatar que en un país como es el nuestro, con quince o más millones de habitantes, la prensa escrita se halla abrumadoramente en manos de dos empresas, una sola de las cuales es dueña de veintitrés de los cincuenta y seis diarios que se publican en el país. Esto se traduce en la propagación de una suerte de «pensamiento único», añade Brum,¹⁵ uniformizador de las percepciones y, lo que es peor, promotor de un conformismo malsano. Con un sistema escolar que al privatizarse en su mayor parte ha perdido de vista su obligación de formar cabezas amplias, pluralistas y críticas, sensibles a la democracia y al cambio social, respondiendo por el contrario a los intereses sectoriales e inamovibles de conglomerados que también lo son (religiosos, corporativos, empresariales o de cualquier otra índole), los medios de comunicación no solo no mitigan esa falencia sino que la profundizan. Como escribió uno de los apologistas latinoamericanos de la cultura «pos», estamos asistiendo hoy en Chile a un reemplazo de los ciudadanos por los consumidores o, mejor dicho, estamos asistiendo a un proceso de generación de ciudadanía a través de los espacios y dispositivos del consumo.

Pero vamos por partes.

En lo que concierne solo a los medios de comunicación, ¿cómo se explica que el Estado chileno gaste más

15 Horacio Brum: Ob. cit. (en n. 14), p. 2.

de cuatro mil millones de pesos anuales (unos doce millones de dólares al cambio de junio de 2008) en avisos en la prensa escrita y que el 80% de ese negocio se lo lleven las dos empresas de marras, cuyas perspectivas políticas y valóricas suelen estar en el polo opuesto a las declaradas para sí por los gobiernos concertacionistas que contratan sus servicios, todo eso mientras que a *Rocinante*, la única revista cultural de cierta calidad que se publicaba en el país, se la dejó sin avisaje, obligándola a cerrar? En igual sentido: ¿por qué algunas de las publicaciones críticas que circularon en dictadura, *Cauce*, *Análisis*, *Apsi*, *Hoy*, *Fortín Mapocho*, *La Época* y algunas más, que tanto y tan efectivamente contribuyeron al triunfo de la democracia, se las dejó morir de inanición haciéndolas objeto del mismo tratamiento mezquino que se le dio a *Rocinante*? Y en los últimos años, ¿por qué ese esfuerzo empeinado para que el legítimo dueño del diario *Clarín* no reciba las compensaciones que el Estado le adeuda y que él promete que harían que su diario se reeditase con el vigor y las grandes tiradas que lo popularizaron en tiempos de Allende? Me pregunto: ¿es que semejantes torpezas son meras faltas de perspicacia, desaciertos de subjesos de subsección sin inteligencia ni sensibilidad cultural? ¿No será que está en juego en ellas una idea de nación, un proyecto de país para el que están bastante claros los niveles de conciencia hasta donde tendrían que empinarse los sujetos que lo habitan y *no más*? Cuando oigo a algunos personajes decir que el objetivo supremo de las políticas públicas chilenas no consiste en procurar el bienestar de la gente de nuestro país sino en asegurar su «governabilidad» o su «governanza» (esa horrenda traducción del inglés *governance*), es decir, en asegurar la combinación de una desregulación económica máxima con una regulación política ídem, según el pensamiento que al respecto ha propalado el Banco Mundial,¹⁶ no puedo menos que vincular estas imposiciones de sosiego del mundo civil con silenciamientos como esos de los cuales fueron víctimas

16 El Banco Mundial define *governance* como el modo en que los funcionarios y las instituciones públicos/as adquieren y ejercen su autoridad. Sus «Worldwide Indicators (WGI)» son: «voz y *accountability* (no sé cómo se puede traducir eso)», «estabilidad política y ausencia de violencia», «efectividad

Rocinante y los demás medios que recién mencioné, y se me pone la piel de gallina.

Un nuevo ejemplo, pero ahora en otro sentido: ¿por qué, si no es por la obligación de autofinanciarse, se les da cabida hoy día mismo, en el Canal Nacional de Televisión (en el canal estatal, que es el canal de «todos los chilenos», según reza su propaganda), a unos programas que no solo son de un bajísimo nivel cultural sino que se les puede calificar como la anticultura misma con únicamente prestar atención al hecho de que ellos apelan a los peores instintos de los televidentes, regodeándose con el espectáculo de la humillación de y la violencia contra el otro —contra el otro mujer, contra el otro pobre, contra el otro débil, contra el otro indio—? Se habla de que el Consejo Nacional de Televisión debiera prohibir tales exhibiciones de barbarie. Pero sería vergonzoso que el Estado chileno de la posdictadura se viese en la necesidad de recurrir a los mismos procedimientos represores que le daban en la vena del gusto a El Capitán General. Reactivar en cambio en la conciencia de la población de este país el fondo igualitario de la democracia, el que desde la casa y la escuela le infunde a la persona el respeto y la consideración por el prójimo, de manera que sean esas personas así educadas las que por su propia voluntad se abstengan de darles su aprobación a las bellaquerías de ese tipo, esa es una salida mejor para el problema a mi juicio.

Respecto del negocio editorial, parto verificando su congruencia con cuanto acabo de escribir en lo referente a los medios. Porque en Chile, de un tiempo a esta parte y pudiera ser que más aún que en otros países de la América Latina, las transnacionales del libro hegemonizan el territorio (es la «alfaguarización» de nuestra literatura, como ha llamado Víctor Barrera Enderle a este fenómeno)¹⁷ y, por lo mismo, son los

del gobierno», «calidad regulatoria», «imperio de la ley» y «control de la corrupción». El principal objetivo es determinar si en el país que está siendo evaluado existe o no un ambiente propicio para los «donantes» y los inversionistas.

17 Víctor Barrera Enderle: «Entradas y salidas del fenómeno literario actual o la “alfaguarización” de la literatura hispanoamericana», *Ensayos sobre literatura y culturas latinoamericanas*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2002, pp. 91-111.

agentes que arbitran y determinan el valor de la letra, los que fijan el canon de lo que es publicable y lo que no lo es, de lo que se lee y lo que no se lee. Si en el siglo XIX y primera mitad del XX esa tarea la desempeñaron los intelectuales y si los periodistas fueron quienes se la echaron encima entre los 60 y los 80, en los días que corren ella se encuentra en las manos de megaempresas como Norma, Santillana-Alfaguara, Random House, Planeta y dos o tres más. Para estas, que son industrias culturales en cualquiera sea el contexto en que se las quiera poner, la meta de sus desvelos es, y no puede ser otra, que la misma de todas las de su naturaleza. Lo que ellas trafican es mercancía cultural y, en cultura como en el resto de las actividades del empresariado, la mejor mercancía no es necesariamente la de mejor calidad sino la que el mercado de compradores pide más (en nuestro caso, la que es más formulaica y de menor contenido crítico), que indefectiblemente se pondrá por encima de la que ese mismo mercado pide menos (la que es innovadora y exige por lo tanto un cierto gasto intelectual).

Se unen de esta manera las transnacionales del libro a la campaña de banalización y anonadamiento de la inteligencia ciudadana que en Chile despliegan los medios de comunicación. La frase famosa de Hanna Arendt, quien teorizó a propósito del nazi Eichman sobre la «banalidad del mal», entre nosotros parece estarse leyendo al revés. No es la banalidad del mal lo que a los chilenos nos agobia sino el mal de la banalidad. La regla de oro, la que hermana el comportamiento planificadamente vacío de los medios con el de las empresas a que ahora me refiero, la formulé yo hace algunos años al hablar de los supuestos que orientan las prácticas de la televisión. De lo que se trata en ese medio, escribí entonces, es de «llegar al mayor número de receptores posible recurriendo a la censura y remoción sin contemplaciones de cualquier aspereza indeseable».¹⁸ Con nada más que echarle una mirada a la lista de los libros más vendidos que publica «Artes y

18 En *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2006, p. 91.

Letras» de *El Mercurio* cada domingo se puede comprobar la devoción apostólica con que este principio de «mientras más bajo mejor» se cumple *igualmente* en el medio editorial o, lo que es lo mismo, de qué está compuesto el menú lector del cincuenta y pico por ciento de personas que todavía leen libros en nuestro país –en estas últimas semanas desde el *Horóscopo chino* a *El oráculo del guerrero*.

¿Hay editoriales que intentan sustraerse a este estado de cosas? Sí las hay, y *no son pocas*. Estoy pensando en las agrupadas en la Asociación de Editores Independientes de Chile, Editorial LOM, Cuarto Propio, RIL Editores, Palinodia, Metales Pesados, en tres o cuatro de las universitarias y en una cincuentena de otras. Muchas, y dispuestas a nombrar lo innombrable: la pobreza, la desigualdad, las imperfecciones de nuestra democracia, el descontento de las minorías, la ira de los jóvenes, el bloqueo de la memoria, el deterioro de la identidad nacional, el descrédito sin fondo de los agentes del Estado. Pero son pequeñas editoriales que sobreviven apenas, solo por la porfía heroica de sus dueños, bajo la amenaza continua de la quiebra, al rehusarse el gobierno a reconocer el papel que ellas desempeñan en la defensa de nuestra sociedad y nuestra cultura y a concederles por esa razón condiciones más favorables en lo que respecta a la adjudicación de los contratos públicos (aprovisionamiento de bibliotecas, escuelas, etcétera) que les permitirían subsistir y a lo mejor prosperar. ¿El argumento? El mismo de siempre. Inconmovible en el apego a su ortodoxia económica neoliberal, el gobierno chileno descarta cualquier forma de proteccionismo para con los productos de origen doméstico y opta en cambio por la competencia «libre y sin fronteras», aunque, como decía Martí, la competencia libre y sin fronteras entre un cóndor y un cordero no sea libre en modo alguno.

Ahora bien, habida cuenta de este escenario mediático y editorial, ¿debieran sorprendernos los resultados de lectura y escritura de los escolares chilenos en las distintas pruebas a las que son sometidos? Por ejemplo, ¿que en las pruebas del Sistema de Mediación de la Calidad de la Educación (SIMCE) los puntajes de los cuartos y octavos básicos en «Comunicación y lenguaje» estén estan-

cados desde hace ya varios años (entre los 251 puntos de 2004 y los 257 de 2007 en los octavos básicos. Matemáticamente, de mantenerse este ritmo de crecimiento, debieran alcanzarse los puntajes deseados por allá por el año 2050) o que en la última Prueba de Selección Universitaria (PSU 2007) el promedio que en su comprensión y empleo de la lengua nacional obtuvieron los alumnos que venían de los colegios públicos-municipales, o sea aquellos que habían recibido su educación media y obtenido sus licenciaturas en los establecimientos que mal financia el Estado, haya sido de menos de 480 puntos, considerando que el mínimo fue de 450 y el máximo de 850? ¿O que en esa misma Prueba se hayan registrado 227 puntajes máximos en matemáticas y únicamente dos en lenguaje?

Para decirlo sin tanta aritmética: los escolares chilenos leen poco y escriben todavía menos, afirmación que resulta válida no solo para los hijos de los pobres, condenados por la injusticia del sistema a ser por el resto de sus vidas no mucho más que sirvientes, sino también para los hijos de los ricos, destinados por el mismo sistema a ser los patronos de los otros. Entre tanto, para ponerles remedio a estas deficiencias, ¿en qué están pensando las autoridades del ramo? Cuando no es en la macluhanesca muerte del libro y en su consecuente reemplazo por las tecnologías de la información y la comunicación (más cercanas a la experiencia de los niños de hoy, los mismos que, según escribió Jesús Martín Barbero alguna vez, parecen estar llegando al mundo dotados de una «plasticidad neuronal» ya instalada),¹⁹ una de las soluciones que esas autoridades barajan, con una liviandad que a mí me deja con la boca abierta, consiste en una adecuación del currículo escolar que redireccionará la lectura que los muchachos y las muchachas hacen desde los escritores clásicos, a los que se considera extraños a sus sensibili-

19 Jesús Martín Barbero: «Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación», en Mabel Moraña (ed.): *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina. El desafío de los estudios culturales*, Santiago de Chile, Cuarto Propio/Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000, p. 24.

dades, hacia la de *Harry Potter* o los engendros de Paulo Coelho. Es decir, que la mejor manera de remediar las penurias lectoras de los estudiantes chilenos consiste, según los proponentes de esta doctrina, no en buscar cómo eliminarlas sino en expulsar de los programas de estudio a todo aquello que las está haciendo visibles, aunque eso que las está haciendo visibles se llame Homero, Cervantes y Shakespeare. ¿Tengo que recordarle yo a mis propios lectores que leer y escribir no se circunscribe solo a leer y escribir? ¿Que la enseñanza de la lectura y la escritura no es reemplazable por el uso de los computadores, ni que a los autores clásicos se los puede enviar al cuarto de los trastos en desuso sin un gravísimo detrimento para los educandos y simplemente porque la lectura de sus obras desarrolla capacidades específicas que son las mismas que después harán posible la reflexión y la crítica? Lo que se echa de menos aquí es una mayor familiaridad con la máxima epistemológica que tan bien reconocía y empleaba Bertolt Brecht, la que nos advierte que educar no consiste en practicar la redundancia que se genera al reentregarle al que se educa lo mismo que este ya trae consigo y que por consiguiente hay, *tiene que haber*, una extrañeza necesaria (y, además, una dificultad igualmente necesaria) entre el sujeto y el objeto de conocimiento.

Párrafo aparte requiere la influencia que este facilismo equívoco tiene sobre la literatura y el arte nacionales. Por primera vez en la historia cultural de Chile una rama de nuestra producción literaria ha sido capaz de arreglárselas para efectuar un trabajo de acomodo oportuno y astuto a las nuevas reglas del juego. Por primera vez en la historia de nuestra literatura los chilenos estamos siendo testigos de la aparición tumultuosa de novelas que se escriben, procesan y «marquetean» como si fueran artículos de tocador o botellas de vino, las que son celebradas bulliciosamente por una crítica periodística que se autoconsidera «actualizada» y para la cual el «entretenimiento» constituye la primera de sus preocupaciones. Son novelas de playa o de aeropuerto y quienes las perpetran lo hacen pensando en las fórmulas más eficaces con las que pueden lograr una recepción de mercado entusiasta y rendidora. No

son todas, por suerte, ya que todavía hay entre nosotros novelistas a quienes el estatuto de objetos de arte de las obras que pergeñan les merece respeto, pero incluso ellos o son lo poco que aún sobrevive de un pasado más o menos estimable o son jóvenes escritores en quienes los efectos del cambio que se está produciendo en las condiciones sociales y técnicas para el ejercicio de su oficio no dejan de hacerse notar. Por ejemplo, en la narrativa desenrumada y desesperanzada de los «huérfanos», según el certero bautizo que les propinó Rodrigo Cánovas.²⁰ Buenas novelas algunas de ellas, bien compuestas y hasta bien escritas, pero «novelas de taller», horras de la latitud de experiencia que uno espera en las obras de este género. En cuanto al resto, no es más que *fast food*, que si bien es cierto que existió también en otras épocas, nunca lo hizo con la facundia y los estímulos económicos de que ahora dispone. No creo necesario entregar los títulos de estas últimas publicaciones, porque no es una encuesta de casos puntuales lo que me he propuesto efectuar en este trabajo sino una detección de las líneas de fuerza que contemporáneamente se enfrentan en nuestro campo cultural, y porque al fin y al cabo es fácil hallarlos en la lista que todas las semanas publica *El Mercurio*. Ahí están, para quien quiera conocerlos (y disfrutarlos) y constituyen una demostración más de que el proceso de mercantilización que aqueja a otros sectores de la vida nacional se ha extendido también, con toda su espesa carga de impudicia, hasta el dominio de la literatura.

De acuerdo: por su naturaleza misma la poesía resiste mejor estos embates mercantilizadores y en los últimos años yo he tenido la buena fortuna de comentar algunos ejemplos notables. Uno de ellos es el de la poesía mapuche, magníficamente antologada por el también poeta (y estupendo poeta) Jaime Huenún y conocida entre algunos críticos como «poesía étnica» u «oraliteratura» —etiquetas que a mí no me gustan, lo confieso—. Es más: yo me declaro dispuesto desde ya

20 Véase Rodrigo Cánovas: *Novela chilena, nuevas generaciones, el abordaje de los huérfanos*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1997.

a defender la conclusión que afirma que en el panorama poético chileno de hoy, dentro del cual los viejos maestros se repiten a sí mismos con una vana (aunque siempre vanidosa) insistencia y en el que hemos tenido que lamentar las muertes a destiempo de tres grandes figuras, Enrique Lihn, Jorge Teillier y Gonzalo Millán, si se exceptúa a media docena de poetas de obra individual reconocible y ciertamente valorable, son la poesía compuesta por mujeres y la poesía mapuche, es decir dos vertientes de creación que fueron ignoradas o semignoradas en nuestro pasado histórico-literario, las que contribuyen con los flujos tendenciales de mayor envergadura. Es ahí donde se debe rastrear la poesía chilena contemporánea más potente en mi opinión, la que aún tiene cosas que decir y las dice sin importarle su (por lo demás, hartamente dudoso) éxito de ventas.

Treinta poetas en la antología de Huenún,²¹ dieciocho en la de Inge Corsen, que reúne la poesía de mujeres de los años 80,²² y dieciséis en la de Linda Irene Koski, que empuja su propio rastreo hasta una década más acá,²³ aparte de los varios artículos en los que Patricia Espinosa ha seguido la evolución de este último corpus después de 2000,²⁴ no me dejan mentir. En ambos casos, estamos frente a expresiones artísticas que son sintomáticas de los cambios que se han sucedido y se siguen sucediendo en la conciencia y en la identidad cultural de los chilenos y de quienes debieran hacerlo o toman nota a medias o no la toman en absoluto. Porque las políticas del Estado de Chile en lo que toca a las identidades alternativas, de género, étnicas, etarias u otras, a su espacio y a sus derechos, no solo

van a la rastra de lo que acontece en la vida real sino que aun en aquellas ocasiones en que se animan a entrar en funciones lo hacen adoleciendo de una ambigüedad cuya única explicación es el afán de dejar satisfecho a todo el mundo. La seguidilla de traspiés en que los gobiernos concertacionistas han incurrido cuando se han propuesto lidiar con el «problema mapuche», tratando de conciliar los intereses de los indios con los de las empresas forestales, y que está a años luz de la comprensiva Ley Indígena 17.729, promulgada en 1972 durante el gobierno de la Unidad Popular, que Pinochet derogó y que no hay indicios de que se vaya a reponer, constituye una prueba de ello.²⁵ La poesía, sin embargo, se hace eco de estos desafíos culturales con la sensibilidad visionaria que puede y suele ser la suya.

Pero eso no es óbice para que la contaminación mercantilizadora y entontecedora haga su agosto en los demás departamentos del campo literario y, en general, artístico chileno, donde la mayor parte de lo que circula es menos memorable de lo que por lo visto opinan los funcionarios que tienen a su cargo la «gestión» gubernamental en cuanto a los «productos» provenientes de este «rubro» o de lo que a lo mejor hubiesen querido quienes los producen. El teatro y el cine son dos ejemplos que están a la mano: en ambos sectores se registra una actividad mayor a la de hace un par de decenios, pero no siempre mejor. Y cuando es mejor, sin apoyo del Estado, como ocurrió con la que bien podría ser la película de mayor profundidad hecha en Chile desde hace años, *Tony Manero*, cuyo tema era muy apropiadamente el de las calamidades de la alienación cultural, que fue aplaudida en diversos certámenes internacionales pero que en Chile postuló y no obtuvo financiamiento del Fondo de Fomento Audiovisual del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Por el contrario, aquellos a quienes suele irles bien en esa guerra a muerte por los «fondos concursables» es a

21 Jaime Huenún (ed.): *La memoria iluminada: poesía mapuche contemporánea. Pelótuñma ngütrámtunzüngu: fachántü ta mapuche ñi ülkántumeken*, Málaga, Servicio de Publicaciones, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2007.

22 Inge Corsen (ed.): *La mujer en la poesía chilena de los 80*, Santiago de Chile, INCOR, 1987.

23 Linda Irene Koski: *Mujeres poetas de Chile. Muestra antológica. 1980-1995*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 1998.

24 Véase, por ejemplo: Patricia Espinosa H.: «Panorama de la poesía chilena de mujeres: 1980-2006», <http://www.letras.s5.com/pe_151006.htm>.

25 En lo que se refiere a políticas etarias, ¿alguien se ha preguntado por las razones profundas que explican que menos del 10% de los jóvenes habilitados para hacerlo estén inscritos actualmente en los registros electorales?

los proponentes de una vasta gama de productos efímeros, hechos para ganar dinero en el más corto plazo y para extinguirse muy poco después. Y algo parecido es lo que sucede con al menos una porción del espacio que cubren las artes visuales, donde, con las excepciones que confirman la regla, lo que manda es un neovanguardismo copión, de tercera o cuarta mano, que ha sido domesticado hasta el punto de la irrelevancia pero que consigue respaldo sin dificultades para salir después al ruedo en media docena de galerías de moda haciendo las delicias de aquellos que cuentan con la billetera indispensable como para actuar idóneamente en ese medio.

El problema es pues bastante más complejo de lo que se imaginan los gestores culturales o esos directivos de colegios para quienes la solución de nuestro naufragio lectoescritural consiste en el reemplazo de Cervantes por los computadores y por Paulo Coelho. Tiene que ver con el desprestigio contemporáneo de la cultura seria o «en serio», que se beneficia del indisimulado distanciamiento que los nuevos burócratas ponen entre su *expertise* y la «pesadez académica», lo que no es azaroso, puesto que tiene a su haber la bendición programática o –en el mejor de los casos– la neutralidad programática del Estado. Es esa la misma neutralidad que crea el hueco para que el veredicto de los primeros años del pospinochetismo, el que sentenciaba que «la mejor política comunicacional es no tener política comunicacional», continúe gozando de un crédito amplio entre nosotros, no tanto porque quienes lo suscriben piensen que el mercado regula ecuánimemente a los medios (cosa que nadie puede pensar de buena fe) como porque resulta enteramente compatible con sus convicciones de fondo en lo que dice en relación con el curso que debiera imprimirse a nuestra vida pública y privada.²⁶

Descarta en efecto ese veredicto la intervención del Estado de Chile en la cultura, con lo que *en realidad* le cierra la puerta al único ente que por definición debiera

representar al conjunto de la ciudadanía, sin distinciones de ningún tipo, y que por consiguiente es el que tendría que ser capaz de pertrechar a nuestra sociedad civil con los instrumentos conceptuales y la información *desinteresados* que le permitieran adquirir conciencia de y alzarse contra los excesos del capitalismo salvaje y su socio ideológico, el neoliberalismo salvaje. Quien lo formuló no reaccionaba tanto contra el control pinochetista de las comunicaciones, que el triunfo de la democracia canceló, ni solo a favor de las bondades del mercado, aunque así pueda habérselo entendido en un primer momento; antes bien, apuntaba a una proporción inversa y más ominosa de factores, que es la que se establece supuestamente entre la estabilización democrática y una opinión pública desmovilizada. Poca política o más bien poca política participativa, compensando a quienes con eso se quedan afuera con una cuota dispendiosa de circo y, si es que el chorreo da para tanto, también de pan. Las consecuencias son las previsibles. Como hacía el «rey burgués» de Darío con el poeta, los chilenos enviamos hoy al intelectual crítico a tocar su organillo en el patio de atrás de la casa o, cuando dispara más preguntas de las que nos parecen de buena crianza, lo descalificamos por aburrido y elitista. Esto significa que al debate de ideas franco y honesto le hacemos el quite como si fuera la peor de las plagas o reemplazándolo con la asepsia intelectual de los autodenominados «expertos» o suprimiéndolo sin más. Entre tanto, dentro del espacio público demótico proliferan los ofrecimientos de «cultura entretenida». En otras palabras: proliferan los ofrecimientos de aplicación a la mayor parte de nuestro campo cultural de la regla desmovilizadora –y desmovilizadora por idiotizante– que ordena el trámite ordinario de los medios y las editoriales de consumo masivo.

Entiéndaseme bien, sin embargo: no es que yo demonice aquí el entretenimiento, considerándolo una actividad nefanda y sin posibilidades de misericordia. Pensar de ese modo sería desconocer que los seres humanos necesitamos recrearnos física y mentalmente cada cierto tiempo, que ese es un imperativo de nuestra constitución. Pero si bien yo concedo que el entretenimiento es una de las urgencias de nuestro organismo

26 La frase, que hizo época, pertenece a Eugenio Tironi, secretario de Comunicación y Cultura del primer gobierno concertacionista, el del presidente Patricio Aylwin.

(como otras), eso no quiere decir que también conceda que es legítimo convertir a dicha urgencia en el objetivo supremo de nuestras aspiraciones en la vida, a expensas y en desmedro de actividades de cultura que son esenciales porque hacen lo que el entretenimiento no hace ni podrá hacer jamás: porque generan sentido, porque estimulan el pensamiento y la creatividad, porque le agregan a la existencia y a la historia una riqueza que por sí solas ellas no tienen.

De lo que se sigue que la semi o pseudoalfabetización con que hoy se está abasteciendo a la población de Chile pudiera ser más peligrosa que el analfabetismo a secas. Sus peores frutos están a la vista: pérdida del espíritu solidario y de servicio, individualismo exacerbado, consecución de dinero no importa cómo, consumismo, hedonismo, corrupción, competitividad sin restricciones ni pudor, agresividad, incivildad en cada esquina. Son las formas típicas de una cultura nacional que perdió de vista la diferencia entre lo que vale y no vale la pena, que se deshumaniza, *que se inhumaniza* por segundos, y que no solo no depara las satisfacciones que con ello se persiguen sino que, como lo documentaba el Informe PNUD 2002, engendra dosis cada vez más altas de frustración y depresión. Norbert Lechner, quien fue siempre un sociólogo más interesado en las personas que en las instituciones y que fue uno de los que confeccionaron ese Informe, habla en un libro suyo de la «desafección», la «desazón» y la «desilusión» que sentimos los chilenos de estos tiempos *vis-à-vis* las presiones que sobre nosotros descarga la historia en que nos ha tocado vivir, lo que podría, y son sus palabras, «achatar conquistas tan cruciales como la democracia y un mayor bienestar».²⁷ Acerca de esto, nuestros políticos «democráticos», que según su propia jerigonza ya no son los «servidores públicos» de antaño, sino una «clase política» —cuando no desembozadamente una «élite política»—, se lavan las manos. Que el crecimiento económico no constituye por sí solo desarrollo es difícil que ellos lo entiendan.

27 Norbert Lechner: *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2002, p. 113.

Que el fortalecimiento cultural no consiste o no consiste únicamente en concederles financiamiento al festival de la sandía o al concurso del piropo es aún más difícil.

No faltará quien levante su dedo en este punto, me interrumpa y me haga ver que el gobierno de Ricardo Lagos, quien con seguridad es el presidente más ilustrado que hemos tenido los chilenos desde los tiempos de don Pedro Aguirre Cerda, intentó hacer algo al respecto. Efectivamente, no desconozco que Ricardo Lagos se percató —o que se percataron sus asesores, no lo sé, pero creo más probable que haya sido Lagos en persona— del desgaste profundo que en la conciencia nacional y ciudadana ocasionaba la máquina corrosiva puesta en marcha y alimentada por un reciclaje capitalista que lleva ya más de tres décadas operando a todo vapor. La transformación de la economía en cultura, la de la competencia desenfadada con el otro en una dinámica natural, condicionadora de la conducta entre compatriotas, haciéndose presente en todos y cada uno de los ámbitos de nuestro quehacer colectivo, permeando la experiencia y los actos cotidianos de las personas hasta tornarse en un verdadero estilo de vida, ella es, ni qué decirse tiene, la viga maestra que sostiene este estado de cosas. El deterioro de la identidad nacional que de ello se deriva resultaba tan evidente que a ese culto mandatario, que entre sus varios trabajos había tenido alguna vez el de profesor de la Universidad de Chile, no pudo escapársele. Trató entonces de reenergizar nuestro espíritu nacional, esto es, trató de estimular la convergencia de los chilenos en un imaginario y en unas formas de conciencia que nos representarían a todos y en las que todos pudiésemos reconocernos y juntarnos, si es que no a la manera del régimen de Pinochet, comprometiendo a la gente con las efemérides militares de la patria, en todo caso disponiendo que el patrimonio del Estado se pusiera al alcance de la gran mayoría.

No era ese un nuevo «proyecto nacional», ni mucho menos. Pero era un lenguaje que no habíamos escuchado desde hacía un largo tiempo y, al llevárselo a la práctica, de una mayor significación que ciertos ademanes versallescos (y un tanto siúuticos), tales como

convidar a algunas personalidades de campanillas para que les inflingiesen charlas literarias a los funcionarios de La Moneda, lo que también se hizo durante el gobierno de Lagos, fue la creación de una nueva «institucionalidad cultural», un Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, para cuya preparación el Presidente recurrió a los buenos oficios de uno de los intelectuales que cuentan con legitimidad en el país y que cuando estuvo lista adquirió rango de ministerio. Una iniciativa acreedora de alabanza, encomiable sin duda, tanto material como simbólicamente, porque con ella se estaba poniendo de manifiesto que la cultura chilena *era importante también*, por lo que sus contribuciones al desarrollo de la nación no podían restringirse a las de una quinta rueda decorativa. En una improvisación en mayo de 2000, presentando la política cultural de su gobierno, Lagos separó nítidamente el crecimiento material, de un lado, de la obligación de cubrir las necesidades culturales de la población, del otro:

No nos conformamos solo con el crecimiento de la economía. Yo sé, es necesario, vamos a crecer como país, están las condiciones dadas, es fundamental para nuestro desarrollo que como país crezcamos, lo vamos a hacer, para poder erradicar la pobreza y para que muchos más disfruten de estos otros bienes, pero no podemos quedarnos solo en el crecimiento de la economía. Va a crecer el Producto Geográfico Bruto, pero también va a crecer el producto cultural bruto, y eso es importante». ²⁸

Quedaba claro con eso que en la opinión de la más alta autoridad de la nación la cultura chilena tenía un valor irremplazable, que en consecuencia era menester reactivarla y que para reactivarla no había que esperar o esperar solo la dádiva de los fondos provenientes de la buena voluntad de los hombres de negocios (con todo lo que ello significa en términos de una subordinación de la cultura a los intereses de los individuos y las orga-

28 «Palabras del Presidente de la República en el acto de presentación de la política cultural del Gobierno», en Eduardo Carrasco y Bárbara Negrón (eds.), ob. cit. en n. 6, p. 357.

nizaciones cuyo propósito es el lucro, y sin ahondar en el hecho de que tales fondos no salen por lo general de las ganancias de las empresas convocadas sino de las exenciones de impuestos que ellas consiguen por dicho conducto), sino que el Estado debía y podía invertir en cultura recursos propios, habilitando de ese modo el funcionamiento de unas prácticas exentas de los compromisos (y de los vetos) sectoriales que se desprenden de su dependencia del área privada. Recuérdese a propósito de esto que fue Pierre Bourdieu quien hace no muchos años se refirió al «regalo envenenado» que podía significar para la actividad cultural «toda especie de mecenazgo». ²⁹ De hecho, en el libro que el gobierno de Chile publicó en 2006, en el artículo «Chile quiere más cultura...», que he citado ya un par de veces a lo largo de este trabajo, el raciocinio con que se justifica la instalación en el país de una nueva institucionalidad cultural pone el acento en una defensa de las atribuciones que el Estado tiene para asumir responsabilidades en este campo. Es algo que los redactores de ese texto se vieron en la coyuntura de tener que admitir y también argüir, pero que no parece haberseles dado con demasiada comodidad, por lo que ellos se sienten en la obligación de explicarlo de una manera medianamente persuasiva pero que no evita los contoneos de un doble lenguaje. Por ejemplo, en el apartado «III. Principios de política cultural», donde escriben:

29 Pierre Bourdieu: «Por una internacional de los intelectuales», *Intelectuales, política y poder*, Alicia Gutiérrez (trad.), Buenos Aires, EUDEBA, 2007, p. 193. Un ejemplo reciente de veto sectorial en Chile es la censura que experimentó un proyecto de instalación del artista visual Gonzalo Díaz, uno de los más importantes del país y Premio Nacional de Arte, de parte de la Fundación de la empresa GASCO, la que se negó a prestar su sala de arte contemporáneo para una exhibición en la que aparecían imágenes de Pinochet y otros próceres de la dictadura. Tampoco la Fundación ocultó su política de censura: «La Fundación GASCO tiene abiertas sus puertas a todos los artistas contemporáneos chilenos y extranjeros. Sin embargo, se evitarán muestras artísticas que utilicen o hagan referencia a personajes públicos o privados, vivos o muertos, cuyo contenido pueda ser objeto de controversia». Más claro, echarle agua, *La Tercera*, 2 de julio de 2008, p. 47.

El Estado no define el tipo de cultura que conviene a la sociedad, aunque tampoco renuncia a tener una presencia en el campo cultural que le permita favorecer las condiciones que hacen posible tanto la libertad de los creadores como el libre albedrío de las audiencias a preferir y escoger entre diferentes bienes culturales. En virtud de su rol, debe convocar a todos los sectores, especialmente al privado a sumarse a esta tarea de bien común.

Cómo, de la muy correcta premisa de que el Estado «no define» la cultura que le conviene a la sociedad sino que son los ciudadanos por ellos mismos quienes lo hacen, se desprende una conclusión que es un convite a que los privados se sumen «especialmente» a «esta tarea de bien común», es para mí una pirueta de lógica parda. ¿Que se entiende en esta última frase por «sector privado»? ¿Es esa una alusión a la libertad que los ciudadanos tienen para producir o escoger su propia cultura o es más bien una invitación a que la empresa privada haga lo que el Estado *no debe* hacer? Un poco antes, en el «Prólogo», reestableciendo la unidad entre los términos que Lagos separaba tan bonitamente en su discurso, se había dicho ya que «es necesario que la cultura sea aceptada no solo como generadora de valores estéticos y de sentido, sino también en tanto industria, generadora de riqueza y empleo e impulsora de nuevos horizontes para la economía del país».³⁰

No debe leerse esta última cita como un simple descuido. Por el contrario, se trata de una constante de política pública, que estuvo presente entonces y que sigue estándolo hasta hoy. En una declaración que emitió hace pocas semanas, el actual ministro subrogante de cultura se expresaba de un modo análogo al confesar la satisfacción que le produce el que la industria cultural aporte hoy en Chile el 1,3% del PIB, más que el sector pesquero (1,02), la agricultura (0,66) o la industria textil (0,78), codo a codo con el sector frutícola (1,31): «Es significativo tener cifras preliminares de un sector como cultura, ya que entender su perspecti-

va económica permite incorporar otra dimensión a su gran aporte en el desarrollo de nuestro país, no limitando su lugar en términos de calidad de vida, de enriquecimiento personal, sino también comprender que la cultura da empleo a personas y permite el desarrollo de pequeñas y medianas empresas».³¹ Por cierto, el señor Ministro no se cuestiona en ningún momento por el peligro de degradación de las prácticas culturales que este progreso involucra. Porque en rigor de lo que estamos hablando aquí no es de que se les pague bien a los trabajadores de la cultura, lo que sería deseable más allá de cualquier duda, sino de algo muy distinto. Estamos hablando de un «progreso» según el cual un porcentaje del *valor monetario total de la producción de bienes y servicios del país*, ya que eso y no otra cosa es el PIB, proviene de una cruda intensificación del potencial que algunas de estas prácticas (y que no son las prácticas de las «pequeñas industrias», como dice el Ministro, sino las de las grandes industrias culturales sobre todo) poseen como productoras de objetos con valor de cambio.

El caso es que, pese a haberse puesto en ejercicio durante el gobierno de aquel ilustrado Presidente una ley cuya calidad es innegable y pese a las buenas intenciones de quienes la pensaron y la redactaron, fue la suya una iniciativa sin un seguimiento adecuado. Porque no basta con que la herramienta exista y sea buena; también debe quedar en buenas manos, y las manos en las que ha estado hasta ahora no son las mejores. La implementación de los planes y líneas de desarrollo de ese organismo gubernamental, quienes lo componen (por ejemplo, acaban de designar como uno de los miembros del Consejo al director general de Random House en Chile, que es como poner al gato a cargo de la pescadería) y la orientación de un buen número de los proyectos que sus varios departamentos patrocinan continúan sufriendo de falencias notorias, entre las cuales no es la menor el dominio sobre buena parte de las decisiones que allí se toman de un farandulismo falsamente inofensivo, que tapa lo importante con lo

30 «Chile quiere más cultura...»: Ob. cit. en n. 6, pp. 389 y 377.

31 *El Mercurio*, 19 de junio de 2008.

que no lo es, lo que lo convierte, según se ha visto más arriba, en un complemento perfecto para el credo económico en boga.

Esto quiere decir que, a despecho de las justificadas preocupaciones de Ricardo Lagos, la banalidad sigue siendo la reina de esta fiesta, que las industrias culturales se siguen llevando la parte del león, que las kermeses y los carnavales repletan los estadios y los parques de Chile, al mismo tiempo que los medios y los editores independientes sobreviven a salto de mata. No es raro entonces que el único escritor chileno de cuyas obras completas se ha hecho hasta ahora una edición crítica sea Pablo Neruda y que eso se deba no a una impensable iluminación burocrática sino a la dedicación de toda su vida del profesor Hernán Loyola.³² Me pregunto yo ahora, sin restarle ni un adarme a las virtudes «recreativas» y de «esparcimiento» que con toda certeza poseen las kermeses y carnavales mencionados: ¿no podría sacársele algún provecho al inciso segundo del artículo tercero de la ley de Lagos, ese que habla de la necesidad de «ejecutar y promover la realización de estudios e investigaciones acerca de la actividad cultural y artística del país»,³³ apartando aunque no fuese más que una fracción del dinero de los contribuyentes para financiar equipos de especialistas que dieran nacimiento a una gran biblioteca de autores clásicos de Chile, con ediciones completas, cuidadas y accesibles de Alberto Blest Gana, Pedro Prado, Manuel Rojas, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Violeta Parra, José Donoso o Enrique Lihn? ¿Debe ser este un «emprendimiento» librado a la ruleta antojadiza de los «fondos concursables» o constituye una más de las *obligaciones permanentes* del Estado? Hoy, que estamos en vísperas del bicentenario de nuestra independencia y cuando se están destinando millones a la trivialización televisiva de los «héroes» y los «gran-

32 Me refiero al trabajo ejemplar, de toda una vida, de Hernán Loyola en su edición de Pablo Neruda, *Obras completas*, 4 vols., Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999.

33 [Ley que] «Crea el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes»: Ob. cit. en n. 6, p. 327.

des chilenos», ¿no es un escándalo que todavía no se haya escrito una historia de la literatura chilena con un nivel cualitativo que supere al de los mediocres manuales de la educación secundaria? En estas condiciones, ¿no será este un buen momento para que el Estado asuma sus deberes, para que se dé por enterado de que en la cultura en serio también los chilenos tenemos algo que decir, más posiblemente de lo que nosotros mismos pensamos?

Concluyo pues contándoles a los lectores de este ensayo que el más grande reproche que en cuanto a la dimensión cultural de nuestra vida colectiva yo tengo que hacerles a los gobiernos que reemplazaron a Augusto Pinochet en el poder, e incluido entre esos gobiernos el del culto Lagos, es el no haberle modificado el carácter a muchas de las prácticas chilenas en esta materia. Me refiero a aquellas prácticas docilizadoras, desmovilizadoras, desarticuladoras del espíritu ciudadano que desde los tiempos de la dictadura vienen esparciendo sal sobre el suelo cultural de nuestro país y, por lo tanto, en la experiencia y la conciencia de sus pobladores. La lógica de la prolongación con morigeraciones del *statu quo ante*, que como lo señalé en las primeras páginas de este escrito es la clave que determina el comportamiento de un número cada vez mayor de manifestaciones de la vida chilena y *que no es caprichosa*, echa también su manto, como espero haber podido demostrarlo sin demasiada retórica, sobre las prácticas de la cultura. Dicho más exactamente todavía: lo que yo les reprocho a quienes nos han gobernado con posterioridad a la catástrofe Pinochet es el no haberles puesto un freno a los poderes omnidegenerativos del modelo económico que el dictador impuso a sangre y fuego, si es que no procediendo a su liquidación sin más demora, lo que aunque sea la mejor solución pudiera ser utópico, al menos conteniendo sus inclinaciones más dañinas. Porque no es la empresa privada, ni menos aún la empresa privada extranjera, sino el Estado de Chile el que, en representación y por encargo de todos nosotros, puede y debe generar no tanto políticas culturales como una cultura política. Me refiero con esto a que no hay otro ente en nuestro país

que como el Estado se encuentre premunido con la capacidad para crear las condiciones que debieran hacer presente eso que tanta falta nos hace: una cultura nacional democrática, pluralista, participativa y crítica, de la más alta jerarquía, una cultura que fomente

un ejercicio robusto de la inteligencia, consiguiendo de esa manera que los habitantes de esta tierra nos reencontremos *de verdad* y que recuperemos, *también de verdad*, la confianza que la barbarie institucionalizada nos robó para juzgar, para decidir y para actuar. **C**

